

JOSÉ MARÍA POU
MOBY DICK

un texto de JUAN CAVESTANY
basado en la novela de HERMAN MELVILLE
con JACOB TORRES y OSCAR KAPOYA
dirección ANDRÉS LIMA



Producción

 **FOCUS**

José María Pou se pone en la piel del capitán Ahab, uno de los grandes personajes de la literatura universal, para relatar la obsesión de este viejo lobo de mar con la gran ballena blanca. El montaje de *Moby Dick*, dirigido por Andrés Lima, ofrece una revisión de uno de los clásicos de Herman Melville bajo la mirada de Juan Cavestany.

La pieza es una fascinante metáfora de la lucha del hombre contra sí mismo y la naturaleza, presentada en una depurada puesta en escena. El capitán Ahab evidencia la obsesión humana que va más allá de la razón, capaz de consumir la voluntad y eliminar cualquier elemento bondadoso del alma.

Este montaje, que reúne por primera vez sobre el escenario al actor José María Pou y el director Andrés Lima, está inspirado en la solitaria figura de Ahab. *Moby Dick* invita al espectador a hacer un viaje a las profundidades de la locura de un hombre capaz de todo para satisfacer su empeño.

Jaume Manresa firma la composición musical y sonora del montaje, mientras que Miguel Ángel Raió es el responsable del mundo de las imágenes, Beatriz San Juan de la escenografía y el vestuario, y Valentín Álvarez de la iluminación. David Martí y Montse Ribé, del estudio DDT SFX -ganador del Oscar al mejor maquillaje por su trabajo en *El laberinto del fauno* de Guillermo de Toro- también colaboran en *Moby Dick*.



MOBY DICK

un texto de **Juan Cavestany**
basado en la novela de **Herman Melville**
Dirección **Andrés Lima**

CON
José María Pou *Ahab*
Jacob Torres *Starbuck, Ismael, otros*
Oscar Kapoya *Pip, otros*

Escenografía y vestuario
Beatriz San Juan

Iluminación
Valentín Álvarez (AAI)
Música original y espacio sonoro
Jaume Manresa

Sonorización
Jordi Ballbé
Videocreación
Miquel Àngel Raió
Postproducción videocreación
Miquel Àngel Raió y Francesc Sitges-Sardà
Diseño y construcción prótesis pierna
DDT SFX (Montse Ribé y David Martí)
Caracterización
Toni Santos
Ayudante de dirección
Anna Maria Ricart

Dirección de producción **Amparo Martínez**
Jefa de producción **Maite Pijuan**
Producción ejecutiva **Marina Vilardell**
Jefe oficina técnica **Moi Cuenca**

Ayudante de escenografía y vestuario **Nuri Llinares**
Ayudante de producción **Maria Muntané**
Regidor **Sergi Vallés**
Sastre **Rosario Macias**
Maquilladora **Noemí Jiménez**
Equipo técnico **Focus**

Construcción de la escenografía
Arts-cenics escenografia y Pascualin
Confección vestuario **Època**
Ambientación del vestuario **Nidia Tusal**

Voces grabadas **Coro de voces graves de Madrid**
y **Coro de jóvenes de la Comunidad de Madrid**
Director Coro voces graves de Madrid
Juan Pablo de Juan
Estudio de grabación **Manufacturas y Micromaltese**
Asistentes de cámara **Agustí Torres, Gerard Bagès**
Mar Cabero, Jordi Pares, Guilia Podo
Figurantes proyecciones **Martí Abril**
Ntonga Paulin Behounde, Juan Antonio Dos Santos
Carles Guillot, Jordi Manero, Sergi Mitjans
Sergi Mompel, The Cinema Face

Prensa **Anna Casasayas y Clara M. Clavell**
Márqueting y comunicación **Publispec**
Reportaje fotográfico **David Ruano**
Diseño gráfico **Santi&Kco**

Una producción de **Focus**
Duración **1 hora y 20 minutos** (sin entreacto)
Idioma **castellano**
Primera función en el
Teatre Goya el 19 de enero de 2018

Colabora

● Punto Blanco

Agradecimiento

mmb MUSEU MARÍTIM DE BARCELONA

Sinopsis

Ismael es un joven aventurero que llega al puerto de Nantucket dispuesto a enrolarse como marinero en cualquier barco que vaya a la caza de ballenas y termina haciéndose a la mar en el Pequod, buque ballenero que se encuentra bajo el mando del capitán Ahab.

Después de iniciar la navegación, el capitán Ahab reúne a todos los tripulantes y les comunica que el objetivo fundamental de la travesía no es solamente cazar ballenas, sino que lo que pretende es matar a Moby Dick, la gran ballena blanca que lo dejó mutilado de una pierna y contra la que siente un odio inmenso.

A partir de este momento la travesía de Ismael y el resto de la tripulación del Pequod se convierte en una singladura trágica por todos los mares y océanos del mundo. Descubierta la enorme ballena blanca, la lucha entre Moby Dick y los marineros del Pequod se produce a lo largo de tres días durante los cuales, uno a uno, las lanchas arponeras y el mismo Pequod son destrozados por la ballena.

Finalmente, Ahab y toda la tripulación, exceptuando a Ismael, el narrador de la historia, pagan con sus vidas la locura y el irrefrenable deseo de venganza del capitán del Pequod.

“Yo no estoy loco. Yo soy la locura enloquecida”

Capità AHAB



Los protagonistas dicen ...

“Vuelvo a contar con Andrés el viaje de un suicida. Éste es un viaje más largo aún, a través de lo inmenso, de la gran incertidumbre. El trabajo de organizar “Moby Dick” en mi cabeza y desbrozar el libro de Melville en busca de su elixir ha sido una de las experiencias más fundamentales que he vivido. No sé qué habría sido de mí si no lo hubiera hecho. En 2015 empecé a elaborar a solas por las noches un resumen pormenorizado de sus 700 páginas, sin saber muy bien por qué lo estaba haciendo. Aun así, me guiaba una extraña (por inhabitual) certeza. Me sentaba a leer y escribir en el borde de una silla dura, en una postura incómoda, quizás en penitencia por estar haciendo sólo de mediador de lo que ya hizo antes otro, o quizás para poder apreciar luego la comodidad en otra ocasión, por contraste. Mi hijo me interrumpía a veces de madrugada porque tenía pesadillas y reclamaba mi presencia. En la ciudad sin mar hacía frío y la luz subrayaba el contorno de las nubes. Crucé el Atlántico (en avión) un par de veces por motivos de trabajo, sobrevolando los volcanes submarinos que duermen bajo el océano. Pasaron varios años, a través de la monumental imperfección del libro, compartiendo su ansia por lo exhaustivo, triste y necesaria a la vez como cualquier utopía. En realidad, “Moby Dick” es el viaje de dos suicidas. Uno es un líder, Ahab, y nos quiere suicidar a todos, sea cual sea nuestra nacionalidad. El otro eres tú. Si no es necesario leer este libro, estamos perdidos”.

Juan Cavestany

“En realidad nuestro *Moby Dick* es más la historia de Ahab, o más bien la pesadilla de Ahab, que no es otra que la ballena blanca y todo lo que significa... o no. La ballena blanca seguirá siendo un misterio, y creo que esta palabra: “misterio”, habla mucho de lo que es *Moby Dick* y la propia personalidad de Ahab, y me atrevería a extenderlo a la esencia misteriosa del ser humano. Cómo alguien tan lleno de maldad, obsesión destructiva, violencia, odio, puede suscitarnos empatía, incluso admiración a veces... El carácter mítico de Ahab (es como un héroe clásico, como Ulises) nos brinda la cara oscura del hombre y, a la vez, su caza, su rebelión contra la naturaleza es heroica y nos hace pensar que somos capaces de todo. Para lo bueno y para lo malo.”

Andrés Lima

“Sé que me tengo que enfrentar a Ahab con la misma pasión, valentía y determinación con que Ahab se enfrenta a la ballena. Con la misma locura. O puede que incluso más.”

José María Pou



Herman Melville

autor

Novelista estadounidense. La dificultad para encontrar un trabajo estable le llevó, en 1841, a embarcarse en un barco ballenero. Fruto de sus experiencias en alta mar escribió *Typee* (1846) y *Omoo* (1847). En 1847 publicó *Mardi*, en 1849 apareció *Redburn* y, un año después, *Chaqueta blanca*, una obra en la que explicaba las condiciones de vida de un buque de guerra de la marina estadounidense de mitad del s. XIX. En 1850 publicó *Moby Dick*, que se acabó convirtiendo en una de las grandes obras de la literatura universal. *Pierre* (1852) y *Cuentos de Piazza* (1856) -que contenía el relato *Bartleby el escribiente*. Una historia de Wall Street, considerado uno de los antecedentes de la obra de Kafka- dejaban ver el creciente desprecio del autor por la hipocresía humana. *Israel Potter* (1855) y *El confidente* (1857) fueron las últimas obras que publicó en vida. Desde entonces, Melville alcanzó la categoría de genio inmortal de la literatura.



Juan Cavestany

texto teatral

Guionista, director de cine y dramaturgo. Ha colaborado con Animalario y Andrés Lima, entre otros, con la obra *Alejandro y Ana*, *Penumbra* y *Urtain*, con la que ganó, en 2008, un premio Max. También ha participado en los montajes *Capitalismo*, *Los Macbeo* o *Desde Berlín*. También ha escrito y dirigido *El traje* (2012) y *Tres en coma* (2014). Es autor de películas autoproducidas *Dispongo de barcos* (2010), *El señor* (2012) y *Gente en Sitios* (2013), reconocida con el Premio Sant Jordi a la mejor película española de 2013. En 2016 estrena la película coral *Esa sensación* en el Festival de Rotterdam y el 2017 la serie *Vergüenza* a Movistar +.



Andrés Lima

director

Actor y director teatral, es considerado uno de los grandes directores de la escena española. Con sus montajes ha ayudado a la actualización de la puesta en escena del teatro. Entre sus trabajos más recientes cabe mencionar *La madre* de Florian Zeller (La Villarroel, 2017); *Las brujas de Salem* de Arthur Miller (Grec 2016 Festival de Barcelona, 2016); *Medea de Séneca* (Teatro de la Abadía, 2015); *Desde Berlín*, tributo a Lou Reed (Teatro Romea, 2014); *Los Macbeo*, sobre Macbeth de William Shakespeare con versión de J. Cavestany (CDN, 2014). Ha ganado numerosos premios como el Max a mejor dirección para *Urtain*, *Argelino*, *Marat-Sade* y *Hamelin*; y el Premio Nacional de Teatro por *Hamelin* (2005) con la compañía Animalario, entre otros.

Es el fundador de la compañía Animalario con la que ha dirigido: *El montaplatos* (2012); *Penumbra* (2010); *Urtain* (2008); *Tito Andrónico* (2009); *Argelino* (2008); *Marat-Sade* (2006); *Hamelin* (2005); *Últimas palabras de Copito de Nieve* (2004); *Alejandro y Ana (lo que España no Pudo ver del banquete de la boda de la hija del presidente)* (2002), entre otros. Como director escénico ha trabajado para la Comédie-Française y para el Stadsteater de Gotemburgo y Estocolmo.



José María Pou

Ahab

Nacido en Mollet del Vallés (Barcelona), realizó los estudios de interpretación en la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid (RESAD). Actualmente es el Director Artístico del Teatre Goya de Barcelona.

Su carrera como actor teatral comenzó en 1968 con su participación en *Marat-Sade* de Peter Weis, el histórico montaje de Adolfo Marsillach. En 1970, una vez finalizados sus estudios en la RESAD, se incorporó a la compañía del Teatro Nacional María Guerrero, bajo la dirección de José Luis Alonso, donde permaneció hasta 1973. Desde entonces, mientras seguía trabajando de forma habitual con Alonso y Marsillach, añadió a su currículum otros teatros y directores: José María Morera, Miguel Narros, Pilar Miró, Mario Gas, Josep Maria Flotats, Sergi Belbel, Calixto Bieito y Xavier Albertí.

Sus últimas temporadas se han contado por éxitos de público y crítica en su doble vertiente de actor y/o director: *Sócrates*. *Juicio y muerte de un ciudadano* (2015, Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida); *Prendre partit* de Ronald Harwood (2014); *El zoo de vidre* de Tennessee Williams (2014); *Tierra de nadie* de Harold Pinter (2013); *A cielo abierto* de David Hare (2013); *Forests* de William Shakespeare (2012, Birmingham, Londres-Barbican Centre); *Concha, yo lo que quiero es bailar* (2011); *Llama un inspector* de J.B. Priestley (2011); *La vida por delante* de Romain Gary (2009); *Los chicos de historia* de Alan Bennett (2008); *Su seguro servidor, Orson Welles* de Richard France (2008); *La cabra o ¿Quién es Sylvia?* de Edward Albee (2005); *El rei Lear* de William Shakespeare (2004); *Arte* de Yasmina Reza (1998) y *Ángels a Amèrica* de Tony Kushner (1997), entre otros. Para el Teatro Estatal de Turquía ha dirigido *La Gran Sultana*, de Miguel de Cervantes, dentro de la programación "Estambul 2010 Capital Europea de la Cultura".

A lo largo de su carrera ha obtenido numerosos premios y distinciones: Creu de Sant Jordi de la Generalitat de Catalunya, Premio Gaudí d'Honor, Premio Nacional de Teatro del Ministerio de Cultura, Premio Nacional de Teatre de la Generalitat de Catalunya, Premio de Cultura de la Comunidad de Madrid, Premio Ricardo Calvo del Ayuntamiento de Madrid, tres Premios Max, Premio Sant Jordi de Cinematografía, Premio Ondas, Fotogramas de Plata, Premio Internacional Terenci Moix, Premio Tendencias, cuatro premios de la Crítica Teatral de Barcelona, Premio de la Unión de Actores de Madrid, Premio de la Asociación de Actores y Directores de Catalunya, cuatro premios Butaca, Premio Teatro BCN, Premio Barcelona de Cine, Premio Toledo de Cine, Premio de Honor de Avetid (Valencia), entre otros.



Jacob Torres

Starbuck
Ismael y otros



Oscar Kapoya

Pip y otros

Actor de teatro, cine y televisión, formado en el Institut del Teatre de Barcelona y en el Col·legi del Teatre.

Ha participado en numerosos montajes teatrales. Los más recientes son *Mark & Olívia* de Marta Bayarri (2016-2017); *Lehman trilogy* de Stefano Massini con dirección de Roberto Romei (2016); *Els cors purs* de Joseph Kessel con dirección de Oriol Broggi (2016); *El professor Bernhardt* d'Arthur Schnitzler con dirección de Xavier Albertí (2016); *Animals de companyia* de Estel Solé (2015-2016); *Com us plagui* de William Shakespeare con dirección de Dugald Bruce-Lokhart (2015), y *Un aire de família* d'Agnes Jaoui con dirección de Pau Durà (2014), entre otros.

En televisión ha participado en series como *El cafè de la Marina*, *Kubala*, *Moreno* y *Manchón*, *Infidels*, *Mar de fons*, *Ventdelplà*, *Jet Lag* o *La memòria dels cargols*, entre otros. Y en la gran pantalla ha participado en películas como *Cerca de tu casa*, *L'assaig* o *La maniobra*.

Actor de teatro, cine y televisión, formado en el Institut del Teatre de Barcelona. También tiene formación de danza en el Centro de creación La Caldera y Àrea. Espacio de Creación y de canto con Chipper, Alejandro de los Santos y Marta Valverde.

Sus últimas apariciones teatrales las encontramos en los montajes *The Hole* y *The Hole 2* (2016-2017) y *El Plata Cabaret* con dirección de Bigas Luna. También ha participado en *Tarzán el Musical* (2013) con dirección de Ricard Reguant, *Llibertat!* (2013) con dirección de Josep Maria Mestres, *No et vesteixis per sopar* (2012-2013), con dirección de Roger Peña, el musical *Hair* (2010-2012) con dirección de Daniel Anglès, *La venus de Willendorf* (2010) con dirección de Iago Pericot, *La Ruta Azul* (2009), entre otros.

En televisión ha participado en la serie como *Sabuesos* (2018) de RTVE, *La Riera* (TV3), *El cor de la ciutat* (TV3) y la campaña publicitaria *Encomana el català* (2009).

“Shakespeare escribió
Moby Dick
utilizando a Melville
como tablero de güija”

Ray Bradbury

“Un relato que se agranda
página tras página, hasta
usurpar el tamaño del cosmos”

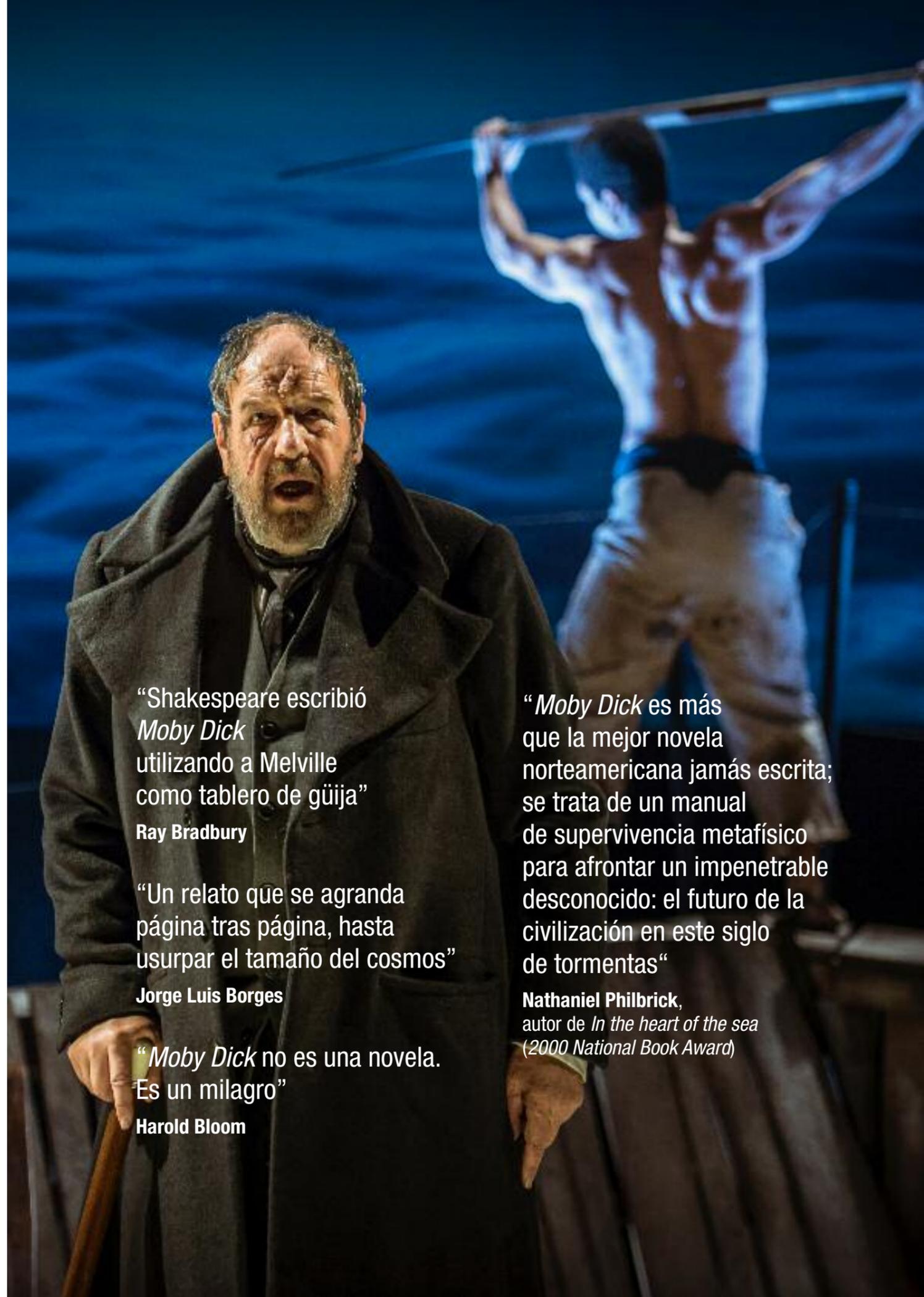
Jorge Luis Borges

“*Moby Dick* no es una novela.
Es un milagro”

Harold Bloom

“*Moby Dick* es más
que la mejor novela
norteamericana jamás escrita;
se trata de un manual
de supervivencia metafísico
para afrontar un impenetrable
desconocido: el futuro de la
civilización en este siglo
de tormentas”

Nathaniel Philbrick,
autor de *In the heart of the sea*
(2000 National Book Award)





¿Sabías que ...?

- “Llámame Ishmael” es la frase con la que comienza el libro y una de las frases más reconocidas de la literatura universal, que encabeza diferentes rankings de los mejores comienzos de novelas.
- Herman Melville se embarcó en un barco pesquero y en el libro hace muchas referencias a ello. Además, en 1839 en la revista *Knickerbocker* se explicó el caso de Mocha Dich, una ballena albina que se vio en las costas de Chile y que escapó numerosas veces de sus cazadores durante 40 años. De ahí, el hecho que se diga que la novela está inspirada en hechos reales.
- José María Pou ya hizo otro texto de Herman Melville en los escenarios. En 2003 hizo repetidas lecturas del texto íntegro de *Bartleby, el escribiente* en el Festival Temporada Alta de Girona y en el Teatre Romea de Barcelona.

Algunas versiones cinematográficas

- *The sea beast* (1926), con dirección de Millard Webb y protagonizada por John Barrymore.
- *Moby Dick* (1956) dirigida por John Huston, con guión de Ray Bradbury e interpretación de Gregory Peck, Richard Basehart, Leo Genn, James Robertson Justice, Orson Welles, Harry Andrews y Bernard Miles
- *Moby Dick* (1998), tv movie dirigida por Franc Roddam y protagonizada por Patrick Stewart, Henry Thomas y Bruce Spence.
- *2010: Moby Dick* (2010), dirigida por Trey Strokes, con Barry Bostwick como protagonista.
- *Moby Dick*, serie de televisión (2011) dirigida por Mike Barker, con guión de Nigel Williams y protagonizada por William Hurt y Ethan Hawke.

**“Una interpretación de Pou
que quedará en el recuerdo”**

Marcos Ordóñez, *El País*

**“Pou abate a *Moby Dick* en
una interpretación enorme.”**

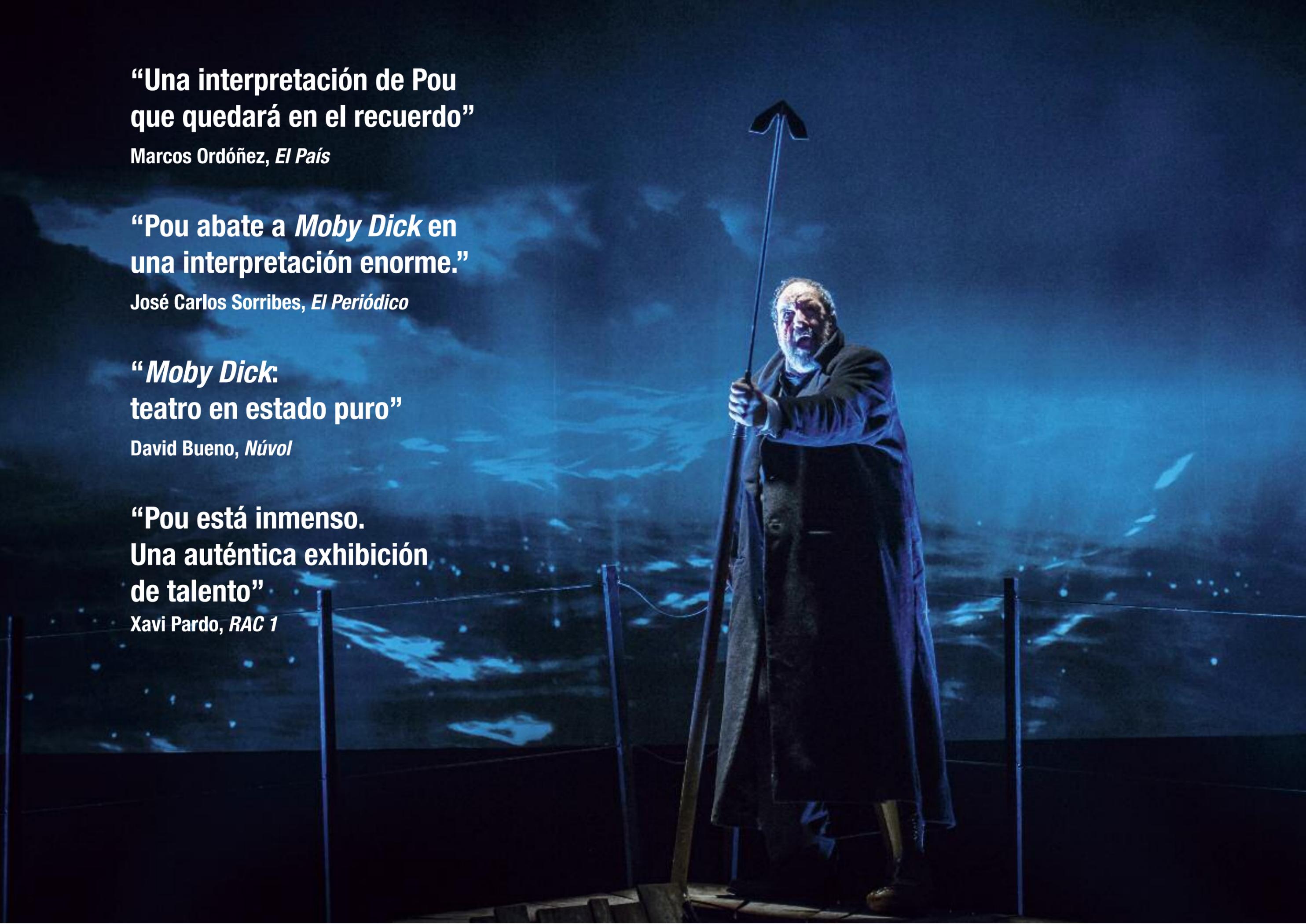
José Carlos Sorribes, *El Periódico*

**“*Moby Dick*:
teatro en estado puro”**

David Bueno, *Núvol*

**“Pou está inmenso.
Una auténtica exhibición
de talento”**

Xavi Pardo, *RAC 1*



PRENSA

PREVIA AL ESPECTÁCULO



El actor Josep Maria Pou, como Ahab en Moby Dick. / DAVID FERRAZ

Un nuevo capitán empuña el arpón contra la ballena blanca

Josep Maria Pou encarna a Ahab en una versión de 'Moby Dick' dirigida por Andrés Lima. "Para interpretar el personaje has de colocarte al borde del abismo", afirma el actor

JACINTO ANTÓN, Barcelona Llamadle Ahab. Josep Maria Pou encarna física y espiritualmente al desorbitado capitán obsesionado con dar caza a la ballena blanca ("por allí resopla") en Moby Dick, versión teatral muy esencial (tres actores) y condensada (500 páginas convertidas en 28 y 90 minutos de función) de la clásica novela de Herman Melville. El montaje, una producción de Focus dirigida por Andrés Lima y con adaptación y traducción al catalán de Juan Cavestany, llega a los escenarios este viernes (Teatro Goya de Barcelona) precedido de una enorme expectación. «Ahí es nada. Pou como Ahab, está cicatriz en la afeada cara, barbilla patata de madera y hueso (creada por el escarificado estudio de efectos especiales DDT), lanzando desde el alfiler del Pequod su mirada enloquecida.

Pou y Lima han conversado con este diario tras un ensayo en el que el actor, cuyo objetivo es "cazar al inalcanzable Ahab como el trata de cazar a la ballena", no paraba de pedirle vehementemente al director: "Controlame mucho, que no quede excesivo, que no apobulle al público". Para hacer tamaño personaje, opta. "Has de colocarte al borde del abismo".

Junto a la escenografía en forma de pasarela que sugiere la proa de un barco, madero y mástil, y a la vez un derribo gastado por el tiempo y las tormentas (la ballena no aparece más que sugerida en una pastilla), Pou y Lima explican apasionadamente su mutua obsesión por Moby

Dick y Melville. Al alcance de la mano, apoyado en la pared, el gran arpón de Ahab que esgrime el actor en la función. La hoja parecía desollar como bautizada implícitamente en la sangre de los arponeros y bañada en el resplandor del fuego de san Telmo.

Qué extraña y desmesurada novela Moby Dick. "Publicada en 1851, fue originalmente un fracaso, por lo inabarcable y a la suerte de Melville se habían vendido menos de 4.000 ejemplares", reflexiona Pou. "Moby Dick te descoloca, es la creación total, metal-

teraria, modernísima, de un artista que decide tirarse por la borda", apunta con pertinencia almirante Lima.

Para el director, la novela, que "oscila entre la luz y la oscuridad", incluye una reflexión personal sobre cómo afrontar la vida,

Otros perseguidores del pálido Leviatán



William Hurt ofreció un Ahab más cercano (y sin sombrero de copa) en la miniserie de 2011 Moby Dick, que contó con Ethan Hawke como Starbuck y hacía aparecer, sorprendentemente, a la mujer del capitán. Otro Ahab destacable es el de la miniserie de 1998 protagonizada por Patrick Stewart, el capitán Picard de Star Trek, que cambió su puesto de mando en la Enterprise por el puente del Pequod. En un guito al filme de Huston, Gregory Peck interpretaba al padre Mapple.



Vittorio Gassman encarnó a un Ahab de corte romántico con toques de humor en el macroespectáculo teatral Ulises y la ballena blanca, adaptación hecha por el mismo de Moby Dick con acierto de otros textos, que se estrenó en Génova en 1992 y se vio en la Expo de Sevilla. Otro Ahab que hay que mencionar es el primero en el cine (mucho), que encarnó en 1926 John Barrymore en The Sea Wolf. El actor recibió en el papel, ya sonoro, en 1930 en Moby Dick, de Lloyd Bacon.

Gregory Peck es la imagen más popular de Ahab. El tiempo nos ha reconciliado con su interpretación en el filme canónico, el Moby Dick de John Huston (1956), con guion de Ray Bradbury. Huston quería haber hecho al mismo de Ahab o que lo hubiera encarnado su padre, Walter Huston, pero este falleció en 1951. Consideraba que Peck no daba la talla. El actor tuvo de enfrentarse también con otra gran ballena blanca, Orson Welles, quien en el filme aparece en el papel del padre Mapple en su púlpito-barco, pero que habría sido un magnífico Ahab (interpretó al sujeto en teatro y en un filme que nunca acabó).



"que es luchar con la ballena". Ahab es destructor, dice, el capitán que sacrifica a su tripulación por su interés, "pero hay algo heroico debajo, que le impulsa a medirse con una forma muy por encima de la suya y que hace que merezca ser admirado". "Mete a sus hombres en una misión sacrilega, una lucha contra Dios, pero Ahab es un carácter tan largueado (t), que provoca admiración", recuerda Pou. "Moby Dick es el bien contra el mal, de acuerdo, pero ¿quién es qué? Ahí, en esa ambigüedad, Melville conecta con Shakespeare".

Imaginación y aventura

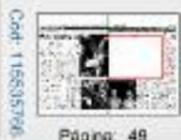
¿Cómo se lleva una novela así al escenario? Su versión teatral, explican, no trata de ilustrar el relato, de mostrar a la ballena y los mares. "Ahab dice a sus hombres: 'Sin imaginación, no vais a poder seguirme'", señala Pou. "Eso es una frase fundamental para nosotros". La versión teatral se centra en Ahab y es de alguna manera "lo que ocurre en su cabeza durante Moby Dick, su mundo psicótico, su enfrentamiento con su lado más oscuro". De hecho, el espectáculo, que recoge prácticamente todo lo que dice el capitán en la novela (donde solo aparece, en un gran ejemplo de suspense, a partir del capítulo 28), iba a llamarse Ahab. "Y realmente es eso, la historia, la aventura personal del personaje", recalca Pou. "No solo una concentración brutal de la novela, sino del propio Ahab", remata Lima. Las imágenes que se proyectan en la pantalla muestran "lo que ven los ojos de Ahab, y a veces a él mismo"; tienen un estilo expresionista de cine mudo y reflejan "el alma de Ahab".

El objetivo, dice Lima, "es servir a la poesía en acción que es Moby Dick, tomar el barco y partir, henchidos las velas de aventura". El director recalca que hay muchas capas en la novela y que hay que asumir "su inmensidad y sus contradicciones".

La tripulación de 30 hombres del Pequod queda reducida a Pou y dos actores (Jacob Torres y Oscar Kapoya) que se reparten a los demás personajes: uno los "Mandos", Ismael, el pinche negro Fip; el otro los "damos", los oficiales y arponeros, Starbuck, Stubb... "El viaje es incógnita en la mente enloquecida de Ahab", subraya Pou.

Para el actor es clara la dimensión shakespeariana de la novela, como la bíblica. "Hay párrafos en que Ahab es el rey Lear".

A Pou le persigue la ballena desde niño, desde que la encontró en una edición juvenil. A Lima, le obsesiona especialmente desde que hizo el casting para El corazón del mar, el filme sobre el ataque de un cachalote al ballenero Essex (episodio real que inspiró a Melville). "Es a hacer del capitán español, pero consiguió el papel Jordi Mollà". En todo caso, arponero decisivo en esta nueva caza de la ballena blanca ha sido, además, el presidente de Focus, Daniel Martínez, cuya obsesión era producir una versión con Pou como Ahab.



Estrenos teatrales en Barcelona

Pou contra la ballena

El actor se mete en la piel del capitán Ahab en una versión teatral ambiciosa de 'Moby Dick' dirigida por Andrés Lima

ELENA HEVIA
BARCELONA

No le llames Ismael si acaso llámale Ahab o mejor todavía, Josep Maria Pou. Acostumbrado está el actor a los personajes big game: así que este capitán con patas de palo y fijación perpetua por una ballena blanca que le llevará a la muerte (o que es la muerte misma) es solo la tercera estación en una escalada interpretativa por su ambición escénica. Pou fue el rey Lear, también Orson Welles y ahora recalca en *Moby Dick*, el clásico prototipo de Herman Melville que todo el mundo conoce y tan pocos han leído. Lo explica como una cumbre, un tour de force.

El montaje dirigido por Andrés

Lima con adaptación de Juan Cavestany se instala en el Teatro Goya a partir del viernes y tendrá su estreno oficial el día 29. Promete espectacularidad audiovisual, efectos especiales (la pierna postuma del capitán está diseñada por el equipo DDT SEX que ganó un Oscar por *El laberinto del Ajumí* y magia teatral de la de toda la vida. Paradójicamente, el reparto se resume en tres actores.

Pou, por supuesto, pero también Jacob Torres y Oscar Kapuya, que encarnan ellos solos el resto de la tripulación del Pequod, el barco maldito. Ahí están el narrador Ismael, al primer oficial Starbuck (sí, como la cadena de cafeterías) o el insignificante Tip, entre otros muchos. Y otra reducción a lo esencial, en tan

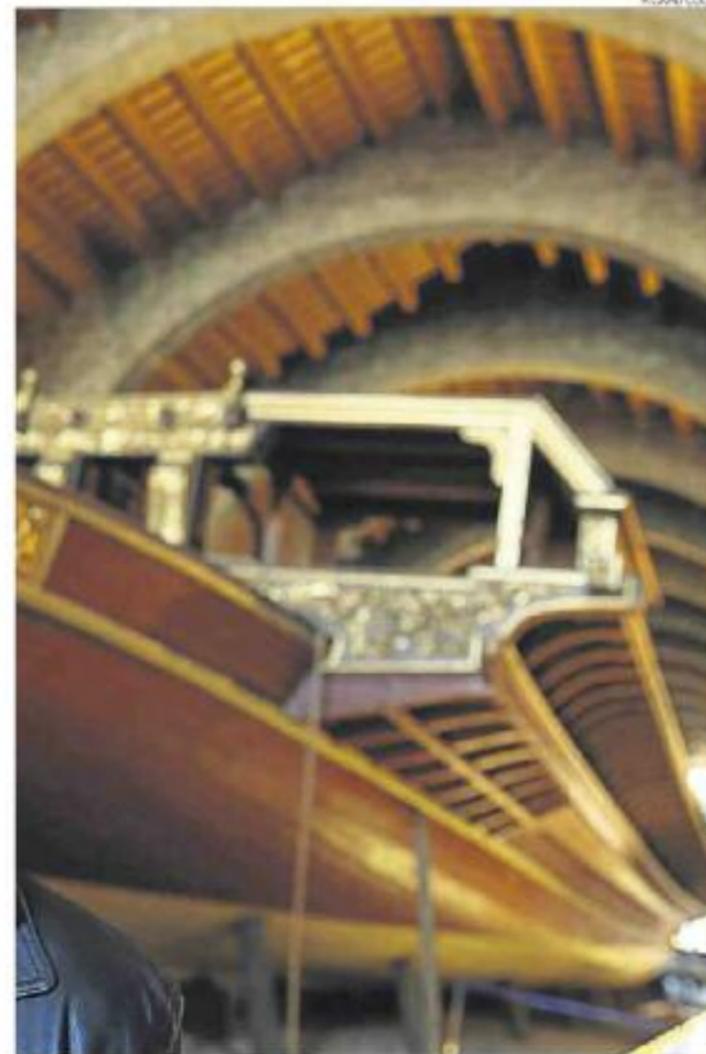
solo hora y media lima y Cavestany han logrado fidelizar, en este llama, el impresionante metraje original.

La idea de montar *Moby Dick*, una montaña que en su momento escalaron dos monumentos teatrales como Orson Welles -de nuevo sí- y Vittorio Gassman, partió de un viejo deseo del productor de Focus David Martínez que veía en Pou al mejor Ahab posible.

«Este es un montaje de productores», recalca Pou que lleva 12 años pensándose esta propuesta que ahora se concreta y que llega en uno de sus momentos más dulces porque en octubre de este año celebrará sus 50 años con la profesión. A los veintitantos fue un enfermero cochazo con el torso desnudo que, sin frase algu-



José María Pou ante la réplica de la jaca de don Juan de Austria, en el Museo Marítimo.



na, metía en cintura a los locos de Marat-Sade, el legendario montaje de Adolfo Marsillach.

En Ahab el actor ve el personaje que Shakespeare se olvidó de escribir y por ello lo aborda a lo grande con esa característica sobrehumana que tienen algunos personajes del británico. «Ahab exige que empieces la función con el máximo de revoluciones que puede alcanzar un bolido y se mantiene así hasta el final, sin desfallecer para llegar el primero a la meta». Y para más complicación, debe mantener esa intensidad durante toda la función con una prótesis de madera. «Colocármela es toda una ceremonia previa a la función y cuando lo hacen siempre

«Ahab exige que empieces la función con el máximo de revoluciones», afirma el protagonista

pleno que no voy a poder caminar. Pero luego todo se pone en marcha, me dejo arrastrar por la locura de Ahab y no me enteros».

Sabido es que *Moby Dick* es una novela de novelas: una historia de aventuras, un tratado sobre las ballenas, un estudio filosófico, una tragedia, una parábola religiosa... Cavestany ha optado por orillar su vertiente aventurera, esa que debidamente rebajada, colocaba el libro en las bibliotecas infantiles, y se ha centrado en sus aspectos más abstractos y oscuros, los más importantes para él. «He querido meter las manos en

el barro del libro, atravesar la experiencia místico-filosófica de un libro extraño con cuatro protagonistas: Ismael, el narrador que va desapareciendo paulatinamente, el torturado Ahab, la ballena que se mantiene oculta hasta el final y el propio Melville del que no dejamos de oír su voz en toda la novela».

Concibe Lima, su director, el montaje como una especie de oratorio. Un oratorio con tres actores que bebe directamente de la Biblia, así que nadie vaya al Goya pensando que va a encontrarse con el técnico de aquella película de Huston (donde por cierto Orson Welles, de nuevo él, tenía un papelito). «Es la historia de una obsesión -explica Lima- y todo se explica a través de los ojos de Ahab, dictador y héroe a la vez. El enloquecido personaje navega en un mar bíblico dominado por un Dios vengativo, pero en cierta forma, camina hacia la luz, lo que lo hace profundamente humanista».

EL MILAGRO / Y en esa luz (atención, spoiler), Ahab encuentra el fin en forma de ballena blanca. ¿Cómo resolverá el montaje ese duelo final? ¿Veremos la ballena? Posiblemente no, pero sentiremos su presencia. Tules e imágenes traerán a escena al cetáceo albino que para Ahab, y en palabras de Lima, «es una imagen llena de sangre y de ojos, en ningún caso realista». En todo caso, el equipo espera que esa emoción para el espectador se traduzca en la lectura de un clásico del que el crítico Harold Bloom dijo que «no era un novela sino un milagro» y del que Borges, uno de sus principales valedores, aseguraba que «página a página usurpaba el tamaño del cosmos». ■



Viaje a la locura del capitán Ahab

Andrés Lima estrena este viernes en el Teatro Goya de Barcelona una versión de *Moby Dick* que se sumerge en la turbulenta psique de Ahab, encarnado por Jose María Pou. Juan Cavestany ha 'exprimido' el novelón de Melville.

Una cicatriz que le cruza la cara. Un chambergo de lobo de mar. Patillacas engarzadas con una barba de predicador protestante. Y una pata de palo que golpea la cubierta del Pequod provocando escalofríos en la tripulación. El aspecto de José María Pou ha mutado radicalmente estos días. Ya es Ahab, el cèlebre capitán ideado por Herman Melville, escritor también muy curtido en marejadas y temporales. El actor catalán se adentra en su psique obsesiva a partir de este viernes 19 en el Teatro Goya de Barcelona. Será el gran protagonista de la versión escénica de *Moby Dick* dirigida por Andrés Lima. La dramaturgia firmada por Juan Cavestany es de hecho casi un monólogo, apoyado en la intervención puntual de otros personajes (Starbuck, Ismael, Pip...), que interpretan Jacob Torres y Óscar Kapoya.

Pou, que celebra este 2018 50 años sobre las tablas (debutó en el histórico *Marat-Sade* de Marsillach del 68), le ha dado muchas vueltas a la personalidad del endemoniado marino antes de encarnarlo. Son miles las teorías existentes sobre el motor de su locura. "Se ha escrito mucho, sí, cosas muy dispares, pero de lo que no hay duda es de que estamos ante un hombre con una enfermedad mental. En psiquiatría, su trastorno ahora se conoce como el Síndrome de Ahab. Su síntoma primordial es el empecinamiento en un ob-

jetivo imposible. En su caso tiene un efecto terrible: lo convierte en una máquina de matar que busca la venganza contra la ballena a toda costa. Y no lo hace por una cuestión personal. La megalomanía de Ahab eleva su causa a una dimensión universal", explica Pou a El Cultural.

Pero es precisamente esa voluntad extrema la que otorga al personaje también un lado edificante. "Vale -tercia Andrés Lima-, es un tirano, que arrastra a su gente a la muerte por un fin que ninguno comparte, pero esa tenacidad es un ejemplo también para todos los hombres. Ahab libra una batalla contra la

naturaleza, contra los dioses y contra ese monstruo mítico. Y lo hace sin dar ni un solo paso atrás". Otra faceta luminosa de su carácter son los pequeños 'deslices' de humanidad que no puede evitar. Hay dos muy significativos a juicio de Lima. Antes de arponear por primera vez a la ballena, le pide a Starbuck



JOSE MARÍA POU SE ADENTRA EN LA LOCURA DE AHAH

asomarse a sus ojos. No quiere mirar al cielo ni al mar. Busca reflejarse en un congénere. El segundo es cuando le da la mano a Pip, el vigilante negro, el último mono de la tripulación. Ahab le dice que prefiere estrechársela a él que a cualquier emperador. "Tenemos que ser conscientes de lo que suponía escribir algo así en los Estados Unidos supremacistas de la época de Melville. *Moby Dick* es una de las novelas más ambiguas que he leído en mi vida. Aunque parece encajonada en la estricta moral protestante en que Melville se crió, este traza todo el tiempo vías de fuga hacia el humanismo", reflexiona Lima.

Tanto él como Pou tienen muy claro de dónde viene esa ambigüedad: Shakespeare. "Ahab es un personaje puramente shakesperiano. Si lo hubiera escrito el bardo habría tenido muchísima más repercusión teatral. Aunque hay que decir que las tablas no lo han tratado mal. Vittorio Gassman se metió en su piel poco antes de morir. Y Orson Welles se escribió una versión a su medida", recuerda Pou, avalado por su enciclopédica erudición escénica. Precisamente Cavestany ha trabajado sobre esa adaptación del artífice de *Cinco días en Kansas*. Otros referentes que ha utilizado en su trabajo son *Butcher's Crossing* de John Williams y *Leviathan, o la ballena de Philip Hoare*.

CONEXIÓN DIRECTA CON EL INFIERNO

Curiosamente, Cavestany ya tenía preparada una dramaturgia de *Moby Dick* cuando le ofrecieron este proyecto. Por eso no le intimidó el encargo. "Llevaba más de un año haciendo un profundo análisis del libro, así que lo tenía ya casi domado", recuerda Cavestany. El novelón, con su afán de exhaustividad zoológica y sus excursos bíblicos, ha quedado en apenas veinte páginas, centradas en Ahab. Más bien en su misteriosa locura, en su hibris desmedida.

La escenografía plasma el turbión de sus pensamientos. Una gran pantalla proyecta los vídeos creados por Miquel Àngel Raió. Algunos son grabaciones del fondo del mar, otros tienen una dimensión más simbólica. Esas imágenes conectan al espectador con los abismos infernales del malhadado ballenero, un ser que, sin embargo, produce una inquietante empatía. "Es que todos estamos conectados con el infierno -afirma Lima-. Quien lo niegue miente. La prueba es que la máxima expresión de nuestra cultura es la guerra. Y Ahab es esta guerra". ALBERTO OJEDA



LUIS OJEDA



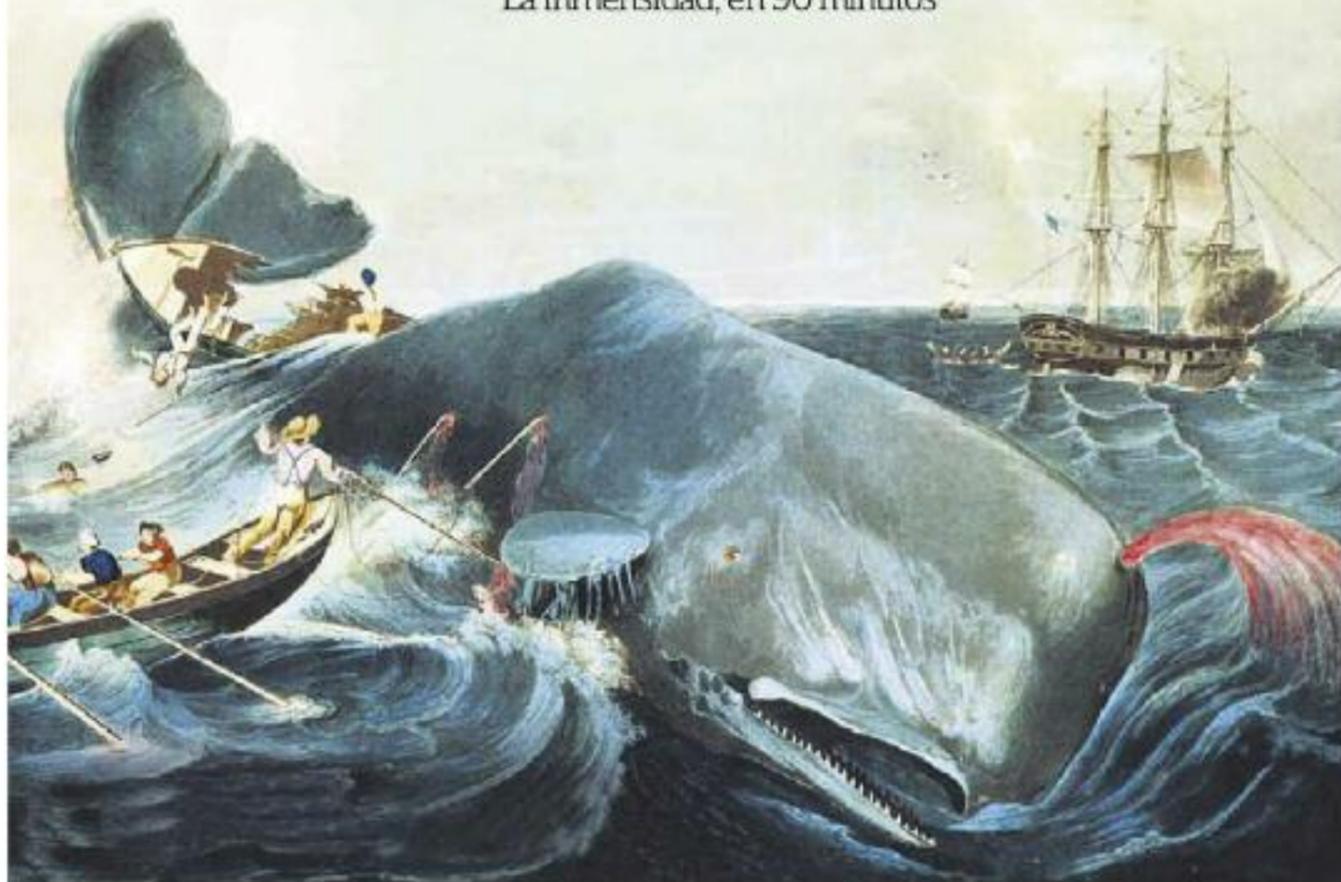
LEER

clásico en escena

CÓMO DOMAR A UN MONSTRUO

(de mil páginas)

Juan Cavestany ha adaptado el 'Moby Dick' que el lunes se estrenará en el Teatre Goya con Josep Maria Pou como un Ahab inconmensurable. La inmensidad, en 90 minutos



imunaz@elperiodico.com / Imma Muñoz



OTRAS APROXIMACIONES A LA BALLENA



Moby Dick

JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ (Panini Cómic)

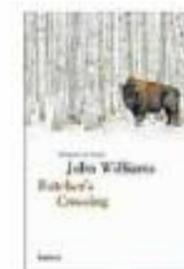
El ilustrador cántabro se embarcó en el Pequod para poner en imágenes su odisea, con Jesús Herrán, que adaptó el texto. Se publicó a final del año pasado.



Leviatán o la ballena

PHILIP HOARE (Arico de los Libros)

La lectura de Moby Dick alimentó la pasión del escritor (y músico punk) por las ballenas, hasta el punto de llevarle a nadar con ellas. Una joya de libro.



Butcher's Crossing

JOHN WILLIAMS (Lumen)

El western sobre el final de la caza del búfalo que impelió a Juan Cavestany, el autor del Moby Dick del Goya, a sumergirse en el monstruo de Melville.

E s gigantesca, escurridiza, poderosa, y puede ser muy, muy cruel con quien se aproxime a ella sin saber dónde se está metiendo. Moby Dick es un monstruo de más de mil quintales que escupe arpónes y desgarrar piernas y orgullos. Moby Dick, uno de casi mil páginas que pone a prueba a lectores desde hace siglo y medio. Juan Cavestany ha sido el encargado de domesticar a ambas fieras para que Josep Maria Pou brille como quintaesencia de la oscuridad humana en el Teatre Goya a partir del lunes, 29, cuando se estrenará la adaptación teatral del clásico de Herman Melville que protagoniza el actor catalán y dirige Andrés Lima.

«Esta adaptación es resultado de la coincidencia. Hará unos tres años me puse a desentrañar, porque sí, la novela de Melville, a buscarle una dramaturgia, y llegué a tener una versión que le mostré a Andrés, como tantas otras cosas», explica Cavestany. Lima y él colaboraron durante años en la compañía Anímalario, y, pese a su disolución, el vínculo continúa. «Y entonces –prosigue el guionista y dramaturgo– Focus propuso a Andrés hacer una adaptación para que Pou encarnara a Ahab, en un monólogo. Él me lo planteó a mí y acepté sumarme al proyecto. Y ahí empezó el proceso de convertir esa primera versión mía en lo que ha acabado siendo la obra».

ESPÍRITU OCEÁNICO

La inmensidad en 20 páginas de texto corrido, que se traducen en 90 minutos en escena. Tres voces (la de Ahab, la del negro Pip y una tercera que suma a Starbuck, Ismael y otros personajes) que saben atrapar la esencia de la obra de Melville, el espíritu oceánico de una novela de aventuras que es tratado filosófico sobre el alma humana y digre-

sión continua sobre las ballenas y la vida marinera y recreación de hechos reales y dinamitadora de géneros y origen de la novela moderna. «La adaptación está centrada en Ahab, pero un Ahab que es más que el capitán: recoge también la voz del narrador y la de Melville, que es otro protagonista de la novela. Moby Dick es un metalibro: ves a un autor construyendo su obra, con un gran afán de exhaustividad. Pues todo eso está en los 90 minutos. O el 90%».

El texto, leído, fluye como el Pequod cuando está a salvo de resoplidos de cachalote. «Sí, estoy satisfecho. Es bonito. Aunque eso no es mérito mío, sino de Melville. Todos (también Pou, que es un gran fan de Moby Dick) éramos partidarios de que hubiera mucha palabra en el montaje. La duda no era esa, sino si este texto, en un escenario, resultaría legible. ¿Funcionará como experiencia de espectador, que es muy distinta de la de lector? Y ahí le pasé la patata caliente a Andrés. Él es quien ha dado con el equilibrio entre palabra y acción y ha logrado que la obra esté llena de movimiento», se admira Cavestany. Proyecciones y escenografía contribuyen a ello.

LECTURA «ROTUNDA»

Las expectativas de todos están ahora puestas en el lunes, pero volvamos a tres años atrás: ¿por qué esas ganas de sumergirse en la caudalosa obra de Melville? «Se me resistía. De crío había leído la adaptación de una colección de clásicos para niños, centrada en la aventura, y pensaba que le fallaba algo. Le faltaba lo esencial: su dimensión, lo no resumible. De mayor, leer la novela original me costó mucho. La empecé y la dejé varias veces. Hasta que leí Butcher's Crossing, de John Williams, que huele a Moby Dick. Y me llamó a leerla de verdad: me enfrenté a ella de forma muy rotunda, con papel y lápiz, para hacerla mía adaptándola. Fue una experiencia muy transformadora». Dice que se siente «muy pequeño en todo esto, una especie de escriba». Que no se pase de humilde: es el hombre que ha domado al monstruo. –



Medio siglo en las tablas de un gran intérprete

“Los personajes que más me atraen son los perdedores”

Josep Maria Pou, cumple 50 años como actor con 'Moby Dick'

JUSTO BARRANCO
Barcelona

Josep Maria Pou cumple 50 años sobre las tablas con un papel gigante, con el personaje “que Shakespeare se olvidó de escribir”, ironiza el furioso y obsesionado capitán Ahab que persigue a la ballena blanca. A *Moby Dick*. La obra, basada en la novela de Herman Melville, ya está en funciones previas en el teatro Goya -el estreno oficial es el día 29- dirigida por Andrés Lima. Y Pou está completamente entregado. Asegura que en el fragor de la tormenta hay días que pierde el mundo y el escenario de vista y no sabe dónde está. Una afirmación contundente para alguien que debutó en 1968 con el *Marat-Sade* que dirigió Adolfo Marsillach en Madrid. Un Madrid al que Pou (Mollet del Vallès, 1944) fue a hacer la mili y donde acabó estudiando teatro -postea a que él quería hacer radio-, triunfando en las tablas, la televisión y el cine y quedándose tres décadas hasta regresar a Barcelona en el 2003.

El capitán Ahab, ¿es un loco? La gente descubrirá que no conocía *Moby Dick*, que es mucho más que unos marinos que quieren cazar ballenas. Es un tratado de filosofía, una tragedia moderna, una aventura. En escena hacemos un viaje dentro de la cabeza de Ahab, un personaje esquizoide donde todo se mezcla, los tiempos y los espacios. Es la quintesencia de una obsesión compulsiva por vengarse contra el animal que le ha provocado una herida. Una obsesión por la que es capaz de sacrificar una tripulación entera, 40 hombres. Si lo conseguimos, el mundo entero. Cree que matar la ballena blanca es hacer justicia y llega un momento que siente que su caso trasciende lo personal y siente salvador de la humanidad. Es mesiánico. Es un dogma, un egoísta, un dictador, un loco. Grita continuamente, va a tope de revolución, habla como si escupiera. Pese a ello crea una empatía enorme, fascina, como todos los grandes dictadores o los monstruos humanos.

Ahí es un obseso y usted también, pero del teatro.

Debuté profesionalmente el 4 de octubre de 1968 en una noche histórica del Teatro Español. No porque debutara yo, sino porque fue el es-

treno del *Marat-Sade*, un antes y un después de muchas cosas a nivel de concepción escénica y de teatro político. El Español estaba más o menos de tanquetas de la policía, el teatro lleno de grises en los camerinos, en los pasillos. Mi nacimiento teatral fue en una noche de tormenta. Y me marcó. Comencé de la mano de los más interesantes del país, Marsillach, Pucci Nieva, José Luis Alonso. Tenía claro qué teatro quería hacer. Y si, siempre me he tomado esta profesión como una obsesión. No sé hasta qué punto he sabido desligar mi oficio de mi vida. Soy un personaje obsesionado con algo tan absurdo como la caza de la ballena: la de la perfección, hacer el espectáculo perfecto, el personaje perfecto. Pero a diferencia del capitán Ahab, no he llevado a nada la ruina.

ANTE EL ASERVO

“En 'Moby Dick' a veces pierdo el escenario de vista, como si hubiera tomado un tripi”

RELACIONES ENVENENADAS

“En los setenta en Madrid si eras catalán te veían como un actor y una persona cojonuda”

¿CÓMO HA ESTADO MÁS ESCRO?

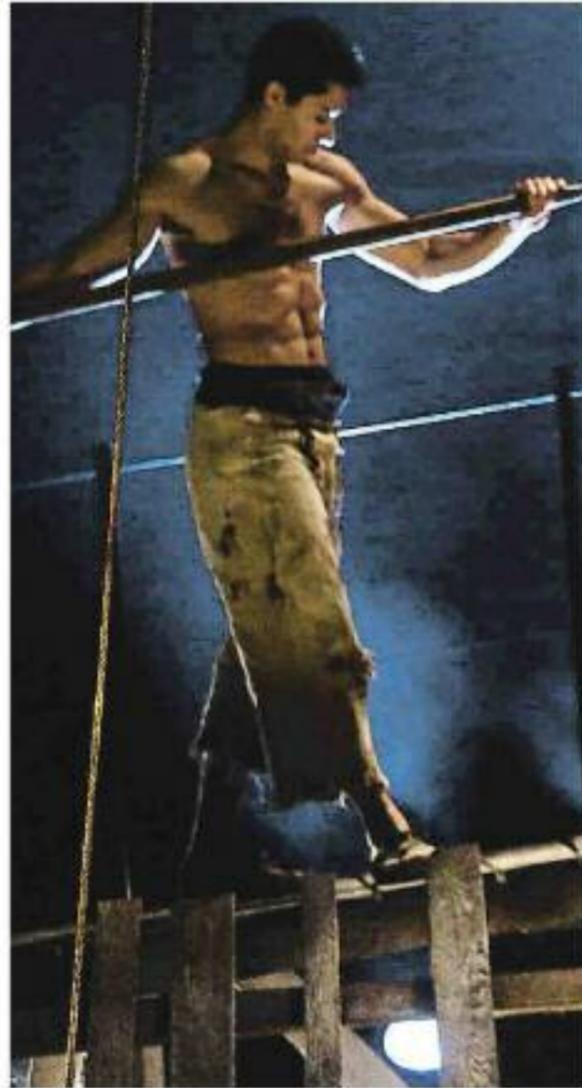
Ha habido espectáculos de los últimos 15 años que me han dado muchas satisfacciones. Los que más he disfrutado han sido *El rey Lear* con Calixto Bieito, un personaje curioso para cualquier actor, y el espectáculo de *La cebra*, la primera vez que dirigí. Es el espectáculo que me ha hecho sentir en plenitud: era coproductor, traductor, director y protagonista. Si fallaba, el único culpable. Y luego el personaje de Colobert es uno con los que me he encontrado mejor, como si lo hubiera escrito para lo que necesi-

ta personalmente entonces. Los personajes que más me gustan y donde me siento más cómodo son los perdedores. Ahab, Lear, el Tom de Celibert, el arquitecto de *La cebra*. Gente que arruina su vida. Cuando leo textos y veo un personaje así, estoy deseando hacerlo.

¿Elabiamo?
Mi oficio es la atracción del abismo. Un actor no puede salir a hacer Ahab sin la sensación un minuto antes de abrir el telón de tener los pies al borde del abismo. Y dicen voy a tirarme como cocu parapeito pero sin parapeito. Es lo que hace que estemos fascinados por nuestro oficio. La desengaño de adrenalina, que te entloquece. Una y otra es una crisis, pero he cumplido 73 y no me doy cuenta y me pongo metax como si tuviera 16. Mucha gente a esta edad está retiradísima. Yo por los 65 pasé sin enterarme. Ahora por primera vez pienso que quizá es momento de descansar. Si tengo gira de dos años con Ahab, no quiero hacer nada más, ni series ni películas. Lo digo porque en los ensayos me ha pasado cosas que no me habían pasado nunca, no sé si por la edad, que fallan cosas, o por la complejidad de Ahab, que me deja KO. En muchos ensayos me he encontrado por primera vez perdido. En la temporalidad, en la ceremonia pagana, en el enfrentamiento con *Moby Dick*, pierdo el escenario de vista. Estoy en un vacío que me trauro de sí solo pero da un placer increíble. Estoy haciendo esta función como si me hubiera tomado un tripi.

¿Cómo ha vivido el desgarro actual entre Madrid y Barcelona?
Cuando en los setenta comencé a ser conocido en Madrid, la gente del oficio, de la prensa, la gente de Ma-

dríd, me decía: ‘Eres catalán? Seguro que eres un actor cojonudo. Y una persona cojonuda’. Me lo decían a mí y a todos los catalanes que llegaban. Es un ejemplo de cómo ha cambiado todo. Ahora hay presunción. Se ha envenenado. Las compañías de Madrid venían de forma habitual a Barcelona. El buen teatro que había visto antes de ir a Madrid lo había visto de compañías que venían de allí, no de las de Barcelona, donde se hacía un teatro bastante raquítico en los sesenta. Desdibujamos los ciclos de teatro Latino del Roma porque venían compañías de Madrid. Luego en Catalunya a finales de los setenta hubo una revolución brutal que no se dio en Madrid. La asamblea de actores y directores crea el Grec, nace el Lliure y se da la explosión de las compañías. Dagoll Dagoll, Tricicle... Se revolucionó la estructura del oficio y nace con el público nuevo. La transición cambió la historia del teatro en Catalunya. Un hecho milagroso del que aún vivimos. Un



grupo de creadores increíbles y un público a la vez. En Madrid la ruptura no se produjo, vive aún de una larga tradición que viene de Lope y Calderón. Que es muy importante. Ser actor en Madrid aún es sentirse parte de esa gran familia que viene del XVI. En Catalunya hoy hay sensación que no hubo nunca teatro más allá de hace 40 años. Cada cosa tiene sus ventajas. En cuanto al enfrentamiento de estos años, lo vivo de manera dolorosa. Gran parte de mi vida la he pasado en Madrid, tengo más amigos y vida social que en Barcelona, porque pasé allí en plenitud la etapa de formación y Madrid me ha dado mucho. Mi primer premio me lo dio Torno Galván.

¿POR QUÉ VOLVIÓ?

Me lo dijo el coenzo, no lo cabeza. Vida hace treinta y pico años en Madrid. Recibía ofertas de Barcelona, también al principio del Lliure, pero no pude. Debuté en catalán en el Roma en el 87 con *Es oír*, a través de Pirandello, dirigido por Hermann Bonnin. Fue como la ca-



Contra la ballena
Josep Maria Pou en una escena de *Moby Dick*, que se representa en el Goya

“Me quedaron por hacer 'Cyrano' y 'Pígalión'”

■ “Dos personajes me han quedado en la recámara. Uno, el profesor Higgins del *Pígalión* de Bernard Shaw. Me tiene enamorado. Hace 20 años lo habría disfrutado mucho. Pero ya no debo hacerlo. Me lo llegaron a ofrecer, pero estaba ocupado. El otro es el *Cyrano*. He visto 20 o 25 *Cyranos* por todo el mundo, he hecho viajes exprésos para verlos. Me fascina. Pero nunca he hecho una gestión para hacerlo y eso que lo leía a los 20 años y me lo interpretaba solo en mi habitación. Pero ni cuando me han dicho qué quieres hacer lo he dicho. Ya lo había hecho gente muy bien. *Cyrano* es otro de esos personajes que me interesan con un dolor interno enorme. Clarísimo. Y el profesor Higgins tiene una gran incapacidad de amar. ¿Estoy haciendo un psicodrama?”, ríe Pou.

da del caballo de San Pablo. Vi que era mi lugar natural, donde quería estar, sentía que volvía a casa. Proliferaron las ofertas y notaba, y eso debe ser el sentimiento de patria, que en Barcelona anímicamente estaba más relajado, me sentía más afectuosamente rodeado. Y con Colobert decidí quedarme. Quizá era cerrar el círculo de la vida. Pero no osportó muchas de las cosas que han pasado últimamente. No tengo ningún sentimiento soberanista. Hay ciertas situaciones extremas que no me han gustado y formo parte de esa sociedad civil que cree que hay otras maneras de organizarnos sin necesidad de lanzar las cosas por los aires como últimamente. Eso me ha llevado a una conclusión triste que comparto con mucha gente: a un *tastrófismo*, no quiero saber nada de los políticos. ■



Escenarios

Moby Dick

Tres voces para reinterpretar al capitán Ahab

NURIA CUADRADO

Las velas, los telones, los muelles marítimos... El director Andrés Lima recuerda que los escenarios están contruados con la misma madera y similar lenguaje que los libros. Pero el escenario en que Lima ejerce ahora de capitán es en verdad un barco, el Popoal, el ballenero sobre el que catalga Ahab en pos de la gran ballena blanca. Ahab le ha roto el cuerpo y energía al gran actor Josep Maria Pou, quien presta su voz a las muchas páginas que escribió Melville y que Juan Cavestany ha condensado en 7.944 palabras. Ni una más, ni una menos. Eso sí, qué palabras.

Pou, Lima y Cavestany son la santísima trinidad de la adaptación teatral que llega al Teatro Goya de Moby Dick, obra maestra que Herman Melville escribió a mediados del siglo XIX y cayó en el olvido por excesiva hasta mediados del XX, cuando la reivindicó Borges y John Huston la convirtió en película de aventuras con Gregory Peck. También fue entonces cuando Orson Welles la hizo teatro, como después (se vio una noche en la Expo de Sevilla de 1992) volvió a intentar Víctor Gassman; como también hizo Jake Heggie al traducirla en una ópera que se estrenó en el 2010. Ahab, paradigma de la obsesión, ha obsesionado a muchos, aunque también han sido muchos quienes han reducido ese texto, que puede llegar a aburrir al lector tanto como una tormenta en alta mar, a un mero libro infantil de aventuras.

Juan Cavestany Entre el papel y la pantalla

Periodista de formación y de profesión durante muchos años (fue corresponsal de El País en Nueva York), a Juan Cavestany (Madrid, 1967) le llegó el reconocimiento como autor teatral gracias a Urtain (2008) -sobre el boxeador José Manuel Ibar Urtain- que, condecorado por el Centro Dramático Nacional y Animalario, le valió el premio Max al mejor autor teatral en castellano en el 2010. Ese texto ya se lo dirigió Andrés Lima, quien también se ha responsabilizado de llevar al escenario obras de sus obras en el 2002, Alejandro y Ana (lo que España no pudo ver del banquete de la boda de la hija del presidente); Penumbra (2008) o Los Machos (2014), adaptación de Muchachos de Shakespeare.

Tras aterrizar en el teatro -donde también ha dirigido-, Cavestany dio también el salto a la dirección cinematográfica con películas como Dispongo de barcos (2010), El señor (2012), Gente en sitios (2013), una de las historias de Sea sensation (2016) o la serie para televisión Vergüenza (2017).



Josep Maria Pou Medio siglo de obsesión

Llegó a los escenarios con poco más de veinte años. Y de eso está ya a punto de cumplir el medio siglo. Cinco décadas. Cincuenta años. Que se dice pronto, pero se construye poco a poco, escenario a escenario, personaje a personaje. Todos ellos -desde el infame a quien encarnó en aquel Marat-Sade donde debutó con Adolfo Marsillach como director, a sus últimos papeles en Arte y Sócrates, Juicio y muerte de un ciudadano- han hecho a Ahab como es, tan grande, tan imenso, aunque el propio Pou admite que sobre todo ha quedado marcado por dos de sus creaciones anteriores. El rey Lear (2004), en la que lo dirigió Calisto Tanzi, y su recreación de Orson Welles en un montaje dirigido en el 2008 por Estere Riancho.

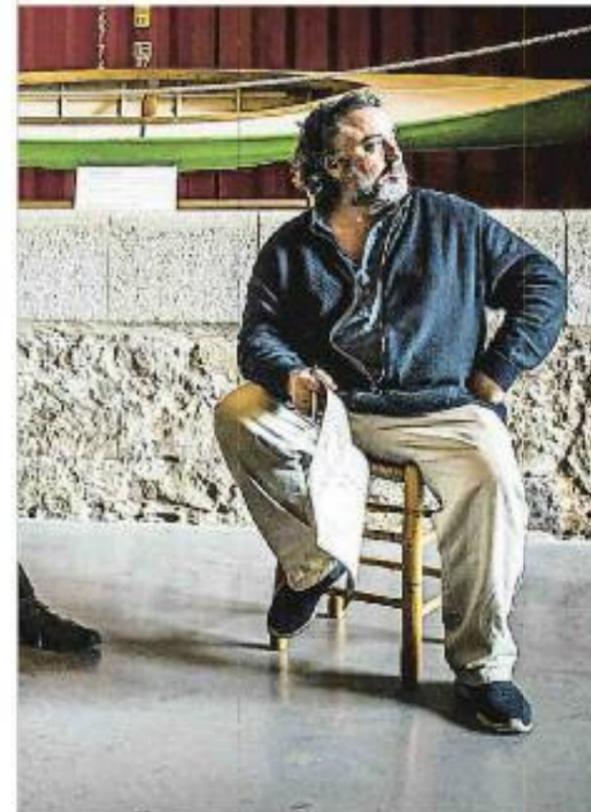
Josep Maria Pou, a quien sus perso-

najes poseen llegar a obsesionar tanto como la ballena a Ahab, que asesora, lee y estudia toneladas de material sobre cada proyecto que emprende, que se deja la piel noche a noche sobre el escenario y que admite necesitar siempre cada noche en el filo del abismo -espasmo de volar sin a riesgo de caer-, se ha enfrentado a personajes tan límites como el de La cabeza o quédate Sylvia (2005), que además de protagonista supuso su debut en la dirección de escena.

Desde entonces, también ha dirigido La vida por delante (2009) de Román Gual, con Concha Velasco; A cielo abierto (2013), de David Hare; El zoo de vidrio (2014), de Tennessee Williams; o El mío d'història (2008), de Alan Bennett, con la que inauguró su etapa como director artístico del Teatro Goya.



Tres destacados hombres del teatro se han atrevido a realizar una adaptación de una de las grandes obras de la literatura universal, 'Moby Dick', de Herman Melville. Juan Cavestany ha hecho la adaptación, Andrés Lima la dirige y Josep Maria Pou es el protagonista. Conversamos con ellos sobre esta aventura de llevar al capitán Ahab a los escenarios



Andrés Lima El renovador de la escena

Lima (Madrid, 1961) es uno de los nombres que está en el principio de Animalario, compañía que fundó junto a los actores Alberto San Juan, Guillermo Toledo, Nathalie Paza y Ernesto Alterio, y que le ha reportado muchos de sus éxitos. Por ejemplo Arata (2001), de la que también es autor; Últimas palabras de Copito de Nieve (2004); Hamlet (2005), que logró cuatro Max y el Nacional de Teatro. También logró Lima el Max al mejor director por Urtain (2008), Argentina, servidor de dos años (2008) y Marat-Sade (2006).

Entre los últimos trabajos que Lima ha presentado en las tablas destacan Desde Berlín, o Dato a Los Rios, que se pudo ver en el Romea en el 2014, la Media, protagonizada por Alana Sánchez-Grijón con que ganó el Límite en el 2015; Los brujos de Salem, que inauguraron el Goe del 2016 y, el pasado año, La mare, en el Villarreal, con Emma Villarasa.

Lima, que empezó en los escenarios como actor, también ha actuado en películas y series de televisión como Policía, en el reparto de la serie.

Ahora, de nuevo, se convierte en obra de teatro. Solo ochenta minutos; tan sólo tres actores: Jacob Torres y Oscar Kapoya son toda la tripulación que Ahab-Pou necesita.

¿Quién es Ahab: un tirano, un diador, un loco, un obseso, un dios, un diablo...?

JOSEP MARIA POU: Todos ellos. Todos a la vez. Porque, como ocurre también con los grandes personajes shakespearianos, Ahab es muchos. La mejor definición sobre quién es Ahab la ofrece él mismo: "Soy la locura enloquecida". O sea, que admite ser la esencia de la locura.

Cavestany-Lima han condensado en 7.944 palabras y 80 minutos las 700 páginas de la obra de Melville

Ahab se define por su obsesión por vengarse de la ballena y es consciente de que, al llevarla hasta el extremo, al ser capaz de sacrificar a quien sea en su interés, convierte la obsesión en locura. Es un loco racional. Un loco inteligente.

ANDRÉS LIMA: Ahab es un filósofo hablando de la locura del ser humano. Por eso nos abarca a todos.

JUAN CAVESTANY: Ahab queda definido por el daño que ha sufrido y que él cree cósmico. Y allí, probablemente castrado, su sensación de daño es tan grande que le ciega, aunque no por eso dejó

De izquierda a derecha, Cavestany, Pou y Lima en el Museo Marítimo de Barcelona durante la entrevista con 'La Vanguardia'

por: J. A. P. / S. B. / S. B.



de ser consciente de ello.

A.L.: Como dice el propio Ahab, "hay una subiduría que es..."

J.M.P.: "Hay una subiduría que es dolor y un dolor que es locura".

A.L.: Mote en el mismo saco subiduría dolor y locura; un cóctel difícil de manejar. Tampoco olvidemos que Ahab es un obsesivo-depresivo de manual.

Tal y como lo explican, no se intuye en Ahab el tirano que algunos han querido ver en él.

J.M.P.: Hay quien lo ha interpretado como el hombre que, en su interés, es capaz de llevar a un pueblo hasta la muerte, pero en esa lectura también hay algo de Moisés. Ahab también está poseído por un espíritu mesiánico que le lleva a pensar que, en su lucha contra la ballena, puede salvar a la humanidad del mal que el animal encarna.

A.L.: Es un hombre que vive desde el dolor y que lo reconoce.

na le mata, pero cree que puede matarla.

J.C.: Ambos resultados, tanto matar como morir, le sirven.

J.M.P.: Y lo dice "Quiero que este viaje llegue a su destino, pero también quiero que no se acabe nunca".

A.L.: La novela vive en una continua contradicción. La propia ballena es una contradicción: Melville tanto la presenta como el más bello de los animales como la define como el ser más atroz; es blanca pero Melville presenta lo blanco como lo más oscuro...

J.M.P.: Como lo pensó, aunque para todos los demás sea emblema del sector y el público. Son las zonas oscuras las que te espolean a expresar la insatisfacción y el dolor; para intentar superarlo... para intentar matar a la ballena.

A.L.: Pero son esas contradicciones las que le llevan a conectar con el lector y el público. Son las zonas oscuras las que te espolean a expresar la insatisfacción y el dolor; para intentar superarlo... para intentar matar a la ballena.

¿Su adaptación se centra en el viaje interior de Ahab más que en el del 'Pequod'?

A.L.: Sí. En parte porque así nos lo pidió el productor, Daniel Martínez.

J.C.: El nuestro es un montaje en torno a Ahab pero no es una elucubración sobre Ahab. Está pegado a la novela. Prácticamente todo el libro está en el espectáculo.

J.M.P.: Evidentemente, todo lo que en el libro hay de Ahab, que es un personaje que no aparece hasta la mitad del relato de Melville.

¿Su adaptación empieza, como el libro, con la célebre frase de "¡Llamadme Ismael!"? ¿O prescinde de esa primera mitad del relato en que Ahab no aparece?

J.C.: Empezamos con Ahab y no con Ismael. Pero nuestro Ahab incorpora voces que en el libro pertenecen a Ismael o al propio Melville. Porque también en el libro muchas

veces, alejarse de ella. Y ese es un equilibrio muy difícil de lograr tanto para el director como para los actores. El trabajo del director al guiar a los actores es el que sirve para guiar el ojo del espectador. Pero, en esta obra, el ojo, más que ver, escucha. Los actores tienen que vivir el mundo de *Moby Dick*, pero no pueden abandonarse a vivirlo.

J.M.P.: Tenemos que vivir mientras contamos. Y contar, viviendo.

A.L.: Un cantante, si se emociona y llora, canta mal. La pasión de contar es lo que tiene que primar...

J.M.P.: Somos tres actores narrándole al público *Moby Dick*.

A.L.: Y con la puesta en escena sucede lo mismo. Utilizamos producciones durante casi todo el espectáculo: si las imágenes proyectadas son demasiado ilustrativas, el resultado es infantil; y si son demasiado abstractas, dificultan el seguimiento del público.

¿Era necesario incluir un montaje videográfico?

A.L.: No. Pero nos ayuda a abrir la ventana al cerebro de Ahab. Y esa es una gran posibilidad que nos brinda el teatro.

J.C.: Esa versión no es una deconstrucción del libro. A las tres nos fascina *Moby Dick* y hemos querido hacer un homenaje que invite al espectador a adentrarse en el libro, a leerlo. Por eso la obra quiere contar todo, igual que la novela quiere contar todo. Melville piensa que va a morir y quiere contar en ella todo lo que sabe, todo lo que piensa, todo lo que sueña y todo lo que desea.

A.L.: *Moby Dick* es lo contrario de la cultura de la estupidez que ahora impera.

J.C.: Me noto en lucha contra la dispersión, contra la fragmentación del tiempo, de los impulsos que recibimos de la información... Nos está ahogando esa fragmentación, ese bombardeo, esa inmediatez...

A.L.: Pero es que cuánto más estúpido seas, menos protestas. *Moby Dick* tiene la voluntad de los últimos románticos, de aquellos que aún son capaces de emprender un libro de 700 páginas o de ir a cazar una ballena con los manos.

J.C.: Cuenta el final de una época. Poco después de que Melville la escribiera, se inventó la bombilla y ya no hacía falta salir a cazar ballenas porque no se necesitaba su aceite.

A.L.: Y también termina una manera de entender la vida y la aventura. Ahab es el hombre en guerra consigo mismo, pero también representa la guerra en sí misma, una guerra noble porque en ella arriesga su vida. Ahora se ataca con drones desde una oficina en Wall Street. Ahora sólo existe ganar dinero. Y Ahab no va a cazar la ballena pordiosera. |

Weblio / Comenys

Moby Dick

TEATRO GIRA / FOMENTA DE MONTAÑÉS



Esforzadísima puesta en escena de la novela de Melville encabezada por un Josep Maria Pou con momentos sobrecogedores

“¡Muerte a Moby Dick, muerte a Moby Dick!”

JACINTO ANTÓN, Barcelona

No sabes cómo lo han conseguido, pero ahí está todo, la ballena enterita. Josep Maria Pou, Andrés Lima, Juan Cavestany y el resto del equipo de *Moby Dick*, que anoche tuvo su primera función, ovacionadísima, en el Goya (el estreno oficial no es hasta el día 29), han logrado ofrecer una audaz y muy esforzada versión (en castellano) de la monumental novela de Melville en la que, aunque sintetizada y centrada en Ahab, aparece todo lo que hay en ella. Incluido el verdadero galimatías —magistral confusión de géneros, voces y propósitos—, que es la propia obra maestra del escritor. Y su irregularidad, y su impotencia para coserlo todo en un relato cerrado, homogéneo y completamente inteligible. Porque en realidad, ¿quién se atrevería a decir que sabe lo que pasa en el fondo en *Moby Dick*?

Noventa minutos pelados y en el escenario aparecen la épica y la locura, la aventura, la poesía, la filosofía y las a menudo irritantes digresiones sobre los cetáceos; aparecen el *Pequod* y sus tripulantes, el mar entero, el mundo de la caza de ballenas, las voces de los cachalotes, los fuegos y los humos de los hornos, los tiburones, las tormentas, la forja, la pagana y salvaje ceremonia de la consagración de los arpones, el doblón clavado al mástil, el *Rachel* y la desolación de su capitán en busca de su hijo perdido, la locura del negro Pip (bulfón y Calibán) tras su caída al mar, el fuego de San Telmo, la lágrima de Ahab (ah, mi capitán, mi capitán), los tres días de la caza... ¡hasta el atadé de Queequeg está! Y el principio, devenido final: "¡Llamadme Ismael!".

Increíble la forma en que se evoca todo eso y mucho más. Y está sobre todo, de eso no les quepa ninguna duda, Ahab. Con un Pou que se deja literalmente



Josep Maria Pou, en un momento de la obra *Moby Dick*. DAVID ALONSO

la piel para encarnar, vociferando, llorando, aullando, al impio anciano rasgado y desmembrado que persigue con maldiciones y arpones a la ballena, desafiando a Dios y a los elementos. "¡Por ahí resopla!", "¡rugid y remad!", "¡muerte a *Moby Dick*!". Para sorpresa mayúscula, ¡está también la ballena, la mismísima *Moby Dick*, noble y grande, de cefera hirviente, ¡aparece en el escenario no solo en la pantalla que no para de arrojar imágenes

evocadoras, fantasmagóricas, líricas (preciosa la de la luna que surge entre las olas como un leviatán selenita), sino físicamente. El juego que se luce con una enorme tela blanca y unos ventiladores convierte el tejido primero en las velas majestuosamente desplegadas del *Pequod* con Ahab subido sobre un mastelero avizorando a la ballena, y luego, en un alarde de imaginación, en la propia ballena tratando de agastar a su mortal enemigo. Un efecto sensu-

Sorprendentemente, en escena aparece la mismísima ballena blanca

cional, estremecedor. Sobre la tela se proyecta un ojo que es el de *Moby Dick*, el del destino y el del Dios bíblico contra el que Ahab ha osado levantar su mano.

La función arranca yendo al grano. El telón se abre para mostrar el puente del ballenero, los obenques y la jarcia. Magnífica evocación del barco.

"Es un hombre raro el capitán Ahab, pero, ah, no tengas miedo. Es un hombre grandioso, blasfemo, pero como un dios". Escuchamos la descripción que le hace el capitán Peleg a Ismael del que va a ser su propio capitán, Ahab. "Está acostumbrado a marmillas más profundas que las olas". En realidad, Ahab no entra en escena en la novela de Melville hasta el capítulo 28, lo que se ha comparado a la irrupción del tiburón protagonista del filme de Spielberg, que también se hace desear...

Pero aquí hay que meterse en materia rápida. Ahab Pou está repentinamente en su silla y despierta agitado de una pesadilla: ha vuelto a soñar con la ballena blanca.

"Parecía un hombre desatado de la pira cuando el fuego ha asolado e invadido todos sus miembros sin consumirlos" (...) Toda su figura, alta y ancha, parecía de bronce macizo". Desde luego, Melville pone el listón alto para representar a su capitán. Pero el Ahab de Pou da la medida.

Cosas discutibles en el montaje: los andares antropoides del negro Pip (Oscar Kapoya), el tono a veces demasiado plano de Jacob Torres que interpreta a medio tripulación, lo difícil que se hace para espectadores no familiarizados con la novela entender a veces el sentido de lo que se dice y de seguir la trama...

Pero cuántas imágenes para llevarse a casa y renovar el sueño de la gran ballena blanca. ¡Ahí —en el Goya— resopla!



Josep Maria Pou como el capitán Ahab durante uno de los escayos de 'Moby Dick' que se presenta en el Goya

DAVID ALONSO

J.M.P.: "Dotado de percepción sublime, carezco del bello don de la alegría", dice Ahab. Y añade: "¡Qué injusticia que, para pegarle fuego a otros, el fuego mismo tenga que gastarse!". Y esta frase me encanta, me gusta decirlo sobre el escenario, porque veo en ella el oficio de actor, porque el actor también quemó su vida sobre el escenario.

A.L.: Pese a que el libro la alegría, sé que la vida está llena de dolor y ese dolor es el que nos lleva a hacer otras cosas. Hay algo en el ser humano que es tremendamente doloroso: la conciencia de la muerte. Y esa conciencia está muy presente en *Moby Dick*. Ahab busca la ballena para que le mate.

J.M.P.: Es un suicida que busca a alguien que le suicide. Es un ser contradictorio: busca que la ballena

La novela vive en una continua contradicción, y esas contradicciones son las que le llevan a conectar con el público

"Moby Dick" es lo contrario de la cultura de la estupidez que ahora impera (Andrés Lima)

veces no sabes de quién es la voz del narrador, si de Ismael o del autor.

A.L.: De lo que sí hemos prescindido es de la parte documental del libro: aquellos capítulos enteros en los que habla de los tipos de ballenas, de los aparejos, del lenguaje marítimo...

J.M.P.: El texto de Cavestany, que tiene momentos muy poéticos, está construido como una ópera con varias arias, la de la blancura, la del dolor...

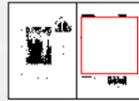
J.C.: La adaptación no es una dramaturgia de la aventura o de las relaciones entre los personajes. No es un afiche... Es un ejercicio más costoso.

A.L.: A veces, los personajes tienen que contar la obsesión de Ahab; otras, tienen que vivirla; y

CRÍTICAS

DEL ESPECTÁCULO





Pou, más grande que Moby Dick

Soberbio montaje de Andrés Lima, que atrapa la esencia romántica del capitán Ahab

POR MARCOS ORDÓÑEZ

Juan Cavestany va al hueso en su estupenda adaptación de Moby Dick, recién estrenada en el Goya barcelonés. Novela desmesurada, ciclópea, sacudida por un viento de pasión insana y fatal, está aquí esencialmente en 90 minutos. Se centra en la locura del capitán Ahab ("Un nombre maldito, en honor de un rey malvado"), en su pesadilla de muerte, donde parece anhelar vencer y a la vez caer en las fauces del monstruo, ser carne de su carne. Josep Maria Pou, que en 2003 ya se acercó a Melville a través de Bartleby, otro loco egregio, aborda en cuerpo y alma este Ahab que, bajo las órdenes de Andrés Lima, es uno de sus mejores trabajos. ¿Qué bien re-

sueno el lenguaje de Melville, con toda su grandiosa shakespeariana, en su imponente voz! Puede que haya algún exceso tronante en la entonación, pero comprendo que no estamos ante una entrega naturalista: ni el personaje ni el lenguaje lo son. Su composición le acerca también a Edgar Allan Poe, que fue una poderosa influencia en Melville; en su Ahab diría que late la melancolía fúnebre y romántica de Roderick Usher (hay romanticismo rampante en la invocación demoníaca de Ahab a la luz de los relámpagos), y sobre todo el impulso de Arthur Gordon Pym. Viendo y escuchando a Pou pensé en Poe, que casi rima, y en el protagonista de su única novela, también ballenero, también de Nantucket, también atrapado

al final en el vacío de lo blanco. Y pensé en la frase última de González Ruano en su lecho de muerte: "El terror es blanco. La soledad es blanca".

Imponente voz e imponente figura, ideales para el capitán. Pou, que ya fue Welles en escena, es aquí más Welles que nunca. Su abrigo negro evoca a un enorme cuervo (o un albatros que pasó al otro lado), sus movimientos son los de un ser atormentado, corroído por el dolor de la pierna amputada, el hueso clavado en el muñón, tan mal cicatrizado como la herida de su alma, con el arpón, emblema obsesivo, como la auténtica vara que le sostiene.

La cuidadísima puesta de Lima tiene un fulgor operístico, con Pou como bajo profundo que parece alternar arias y recitativos. Jaime Manresa, que ya ha compuesto soberbias piezas para el director (con Medea a la cabeza), firma partitura y espacio sonoro. Los coros de 40 voces, jóvenes y graves, grabadas en Madrid

PURO TEATRO

bajo la dirección de Juan Pablo de Juan, imprimen una tonalidad de oratorio fantasmal, con lejanos ecos, quizás, de Billy Budd, de Britten. Las luces casi oníricas de Valentín Álvarez acaban convirtiendo el Pequod en un coche fúnebre. No vemos a Moby, pero la percibimos en esa sombra (blanca, naturalmente) que asoma como antes emergió una enorme luna, y rebufa, y crea grandes olas. Beatriz San Juan firma una escenografía tan sencilla como imaginativa

De izquierda a derecha, Oscar Kapoya, Josep Maria Pou y Jacob Torres, en una escena de Moby Dick. ORO GUYA

“Hay para mí algo de gran demencia americana en esta obra, tanto en la desmesurada ambición del texto como en la naturaleza de su protagonista”

La proa del barco, el sillón de Ahab, las cuerdas que llevan al palo mayor, y al fondo una maravillosa serie de proyecciones creadas por Miquel Àngel Raió, que parecen envolver todo el barco: el agua que ruga y golpea, los perfiles de los marineros y los destellos de las ballenas que no tardarán en llegar, como los indios que acabaron con el enajenado Custer en Little Big Horn. Hay para mí algo de gran demencia americana en Moby Dick, tanto en la desmesurada ambición del texto como en la esencia de su protagonista ("Soy la locura enloquecida", dice el capitán). Algo de daguerrotipo fundacional: inevitable pensar en Lear o en Lope de Aguirre, aunque sobre todo en estadounidenses de leyenda negra como Roy Bean, Hank Quinlan o el coronel Kurtz, antihéroes alucinados, poseídos por la violencia y el odio, pero también por la pasión. Todo eso veo en la encarnación de Pou.

Oscar Kapoya es un Pip que tiene algo de bufón triste y aterrado: me acordó a un joven Helio Pedregal en el monólogo de la cobardía. Estoy de acuerdo con Jacinto Antón en una pega: Lima le ha marcado unos andares un tanto simiescos que rozan el estereotipo colonial. Jacob Torres, plétorico de claridad, encarna a Starbuck, Ismael y otros. Se enfrenta a Ahab con fuerza, y al final no puedes evitar verle, igual que a Pip, como a otro huérfano del capitán paternal y despótico. Me vuelven y resuenan ahora los tres días de la caza: un tour de force final de 15 minutos y ritmo creciente, con Pou embravecido, y la vela desplegada, donde acaba proyectándose el ojo de Moby como el de un Dios terrible que castiga a quienes osan desafiarle. Sensacional espectáculo, de lo mejor que ha dirigido Andrés Lima, con proa, nunca mejor dicho, a una larga gira. Y una interpretación de Josep Maria Pou que quedará en el recuerdo.

También quiero recomendarles Una vida americana, de Lucía Carballal, en el madrileño teatro Galileo. Comedia inteligente, original, imprevisible, llamada a conseguir un gran éxito, aquí y fuera. Estupendo cuarteto actoral, encabezado por Cristina Marcos en un papelazo a su medida, tras las huellas de Amparo Baró. No hay que perderse esa función.

Moby Dick, de Herman Melville. Teatro Goya (Barcelona). Director: Andrés Lima. Intérpretes: Josep Maria Pou, Jacob Torres, Oscar Kapoya. Hasta el 18 de marzo.

PURO TEATRO

Pou, más grande que Moby Dick

Soberbio montaje de Andrés Lima, que atrapa la esencia romántica del capitán Ahab

MARCOS ORDÓÑEZ

9 FEB 2018

Juan Cavestany va al hueso en su estupenda adaptación de Moby Dick, recién estrenada en el Goya barcelonés. Novela desmesurada, ciclópea, sacudida por un viento de pasión insana y fatal, está aquí esencialmente en 90 minutos. Se centra en la locura del capitán Ahab ("Un nombre maldito, en honor de un rey malvado"), en su pesadilla de muerte, donde parece anhelar vencer y a la vez caer en las fauces del monstruo, ser carne de su carne. Josep Maria Pou, que en 2003 ya se acercó a Melville a través de Bartleby, otro loco egregio, aborda en cuerpo y alma este Ahab que, bajo las órdenes de Andrés Lima, es uno de sus mejores trabajos. ¿Qué bien resuena el lenguaje de Melville, con toda su grandiosa shakespeariana, en su imponente voz! Puede que haya algún exceso tronante en la entonación, pero comprendo que no estamos ante una entrega naturalista: ni el personaje ni el lenguaje lo son. Su composición le acerca también a Edgar Allan Poe, que fue una poderosa influencia en Melville; en su Ahab diría que late la melancolía fúnebre y romántica de Roderick Usher (hay romanticismo rampante en la invocación demoníaca de Ahab a la luz de los relámpagos), y sobre todo el impulso de Arthur Gordon Pym. Viendo y escuchando a Pou pensé en Poe, que casi rima, y en el protagonista de su única novela, también ballenero, también de Nantucket, también atrapado al final en el vacío de lo blanco. Y pensé en la frase última de González Ruano en su lecho de muerte: "El terror es blanco. La soledad es blanca".

Imponente voz e imponente figura,

ideales para el capitán. Pou, que ya fue Welles en escena, es aquí más Welles que nunca. Su abrigo negro evoca a un enorme cuervo (o un albatros que pasó al otro lado), sus movimientos son los de un ser atormentado, corroído por el dolor de la pierna amputada, el hueso clavado en el muñón, tan mal cicatrizado como la herida de su alma, con el arpón, emblema obsesivo, como la auténtica vara que le sostiene.

La cuidadísima puesta de Lima tiene un fulgor operístico, con Pou como bajo profundo que parece alternar arias y recitativos. Jaime Manresa, que ya ha compuesto soberbias piezas para el director (con Medea a la cabeza), firma partitura y espacio sonoro. Los coros de 40 voces, jóvenes y graves, grabadas en Madrid bajo la dirección de Juan Pablo de Juan, imprimen una tonalidad de oratorio fantasmal, con lejanos ecos, quizás, de Billy Budd, de Britten. Las luces casi oníricas de Valentín Álvarez acaban convirtiendo el Pequod en un coche fúnebre. No vemos a Moby, pero la percibimos en esa sombra (blanca, naturalmente) que asoma como antes emergió una enorme luna, y rebufa, y crea grandes olas.

Beatriz San Juan firma una escenografía tan sencilla como imaginativa. La proa del barco, el sillón de Ahab, las cuerdas que llevan al palo mayor, y al fondo una maravillosa serie de proyecciones creadas por Miquel Àngel Raió, que parecen envolver todo el barco: el agua que ruga y golpea, los perfiles de los marineros y los destellos de las ballenas que no tardarán en llegar, como los indios que acabaron con el enajenado Custer en

Little Big Horn. Hay para mí algo de gran demencia americana en Moby Dick, tanto en la desmesurada ambición del texto como en la esencia de su protagonista ("Soy la locura enloquecida", dice el capitán). Algo de daguerrotipo fundacional: inevitable pensar en Lear o en Lope de Aguirre, aunque sobre todo en estadounidenses de leyenda negra como Roy Bean, Hank Quinlan o el coronel Kurtz, antihéroes alucinados, poseídos por la violencia y el odio, pero también por la pasión. Todo eso veo en la encarnación de Pou.

Oscar Kapoya es un Pip que tiene algo de bufón triste y aterrado: me recordó a un joven Helio Pedregal en el monólogo de la cobardía. Estoy de acuerdo con Jacinto Antón en una pega: Lima le ha marcado unos andares un tanto simiescos que rozan el estereotipo colonial. Jacob Torres, plétorico de claridad, encarna a Starbuck, Ismael y otros. Se enfrenta a Ahab con fuerza, y al final no puedes evitar verle, igual que a Pip, como a otro huérfano del capitán paternal y despótico. Me vuelven y resuenan ahora los tres días de la caza: un tour de force final de 15 minutos y ritmo creciente, con Pou embravecido, y la vela desplegada, donde acaba proyectándose el ojo de Moby como el de un Dios terrible que castiga a quienes osan desafiarle. Sensacional espectáculo, de lo mejor que ha dirigido Andrés Lima, con proa, nunca mejor dicho, a una larga gira. Y una interpretación de Josep Maria Pou que quedará en el recuerdo.

También quiero recomendarles Una vida americana, de Lucía Carballal, en el madrileño teatro Galileo. Comedia inteligente, original, imprevisible, llamada a conseguir un gran éxito, aquí y fuera. Estupendo cuarteto actoral, encabezado por Cristina Marcos en un papelazo a su medida, tras las huellas de Amparo Baró. No hay que perderse esa función.

Moby Dick, de Herman Melville. Teatro Goya (Barcelona). Director: Andrés Lima. Intérpretes: Josep Maria Pou, Jacob Torres, Oscar Kapoya. Hasta el 18 de marzo.



►► Josep Maria Pou, en un momento de la versión de la novela de Herman Melville que ofrece el Teatre Goya.

Y Pou abatió a la ballena

CRÓNICA El ilustre actor se vacía como el capitán Ahab de 'Moby Dick'

JOSÉ CARLOS SORRIBES
BARCELONA

Exactamente 7.944 palabras. Son las que debía memorizar para la versión teatral de *Moby Dick*. Lo detalló Josep Maria Pou en una de sus colaboraciones en este diario para explicar cómo se sentía ante el reto. Más o menos como el capitán Ahab en su descerebrada obsesión por derrotar a la ballena blanca, el enorme cetáceo que un día le segó una pierna. Si en la novela de Herman Melville el suicida protagonista no culmina su propósito, sí lo hace el actor en el Teatre Goya. Pou abate a *Moby Dick* en una interpretación enorme. La propia de una celebración por adelantado, los cumple en octubre, de sus 50 años en la profesión. Aventurarlo puede parecer atrevido, pero el actor de Mollet deja en *Moby Dick* su legado, una manera muy personal de vivir e interpretar el teatro, a través de un personaje, grande, que le faltaba en su colección.

Pou es Ahab en cada uno de sus gestos, miradas, desplantes. Imponente, es un actor poseído por un

personaje extremo, febril, un hombre de «locura enloquecida», como se dice en la excelente versión teatral a cargo de Juan Cavestany. En menos de 90 minutos se destila toda la metafísica de la novela de Melville, de unas 700 páginas de extensión, más que su espíritu aventurero, que también lo hay. Si Cavestany nos acerca hasta las simas de la personalidad insondable de Ahab, la efectiva puesta en escena de Andrés Lima nos sube al Pequod, el barco ballenero que capitanea el protagonista de la historia.

VIDEO OCEÁNICO Los espectadores de las primeras filas del Goya pueden incluso sentirse como si estuvieran a bordo. La escenografía de Beatriz San Juan así lo provoca, igual que una iluminación y sonorización impactantes. Además, la proyección de vídeo en una gran pantalla de fondo transporta hasta los océanos en esa obsesiva persecución de la ballena blanca. Es la de Lima una propuesta atmosférica, envolvente, que conduce al público a surcar los ma-

res entre ballenas, cachalotes, tifones, arpones y naufragos.

Y también es un espectáculo, por el peso literario de la novela, en el que se rinde culto a la palabra. Es casi un monólogo de su protagonista, bien acompañado por Óscar Kapoya y Jacob Torres, que se reparten los roles de los tripulantes-víctimas de Ahab. Lima presenta a Kapoya en el papel de Pip como un joven encorvado, de andares simiescos. Sorprende, sin duda, aunque en los balleneros de la época seguro que había tripulantes con esa fisonomía.

El cierre está a tono con la intensidad de los mejores momentos de la obra en una magnética solución para presentar el gran duelo. Se logra mediante una enorme tela blanca que, agitada por ventiladores que mueven Kapoya y Torres, se convierte en el cetáceo —ojo vigilante incluido— que acaba por abatir a Ahab, absolutamente abocado a su tarea suicida. Pou se retira entonces, al fondo de la escena, tras un tour de force que le deja casi sin resuello para recoger unos merecidos aplausos. ■

Y Pou abatió a la ballena blanca

El ilustre actor se vacía en el Goya como el capitán Ahab de "Moby Dick", el montaje dirigido por Andrés Lima

JOSÉ CARLOS SORRIBES
3 FEB 2018

Exactamente 7.944 palabras. Son las que debía memorizar para la versión teatral de *Moby Dick*. Lo detalló Josep Maria Pou en uno de sus artículos en este diario para explicar cómo se sentía ante el reto. Más o menos como el capitán Ahab en su descerebrada obsesión por derrotar a la ballena blanca, el enorme cetáceo que un día le segó una pierna. Si en la novela de Herman Melville el suicida protagonista no culmina su propósito, sí lo hace el actor en el Teatre Goya. Pou abate a *Moby Dick* en una interpretación enorme. La que es propia de una celebración por adelantado, los cumple en octubre, de sus 50 años en la profesión. Aventurarlo puede parecer atrevido, pero el actor de Mollet deja en *Moby Dick* su legado, una manera muy personal de vivir e interpretar el teatro, a través de un personaje, grande, que le faltaba en su colección. Pou es Ahab en cada uno de sus gestos, miradas, desplantes. Imponente, es un actor poseído por un personaje extremo, febril, un hombre de «locura enloquecida», como se explica en la excelente versión teatral de Juan Cavestany. Porque en menos de 90 minutos destila la metafísica de la novela de Melville, de unas 700 páginas de extensión, más que su espíritu aventurero, que también lo hay. Si Cavestany nos acerca hasta las simas de la personalidad insondable de Ahab, la efectiva puesta en escena de Andrés Lima nos sube al Pequod, el barco ballenero que capitanea.

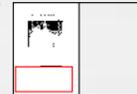
Vídeo de fondo oceánico

Los espectadores de las primeras filas del Goya pueden incluso sentirse como si

estuvieran a bordo. La escenografía de Beatriz San Juan así lo provoca, igual que la iluminación y la sonorización. Además, la proyección de vídeo en una gran pantalla de fondo nos transporta hasta los océanos en la obsesiva persecución de la ballena blanca. Es la de Lima una propuesta atmosférica, envolvente, que conduce al público a surcar los mares entre ballenas, cachalotes, tifones, arpones y naufragos.

Y también resulta un espectáculo, por el peso literario de la novela, en el que se rinde culto a la palabra. Es casi un monólogo de su protagonista, bien acompañado por Oscar Kapoya y Jacob Torres, que se reparten los roles de los tripulantes-víctimas de Ahab. Lima presenta a Kapoya en el papel de Pip como un joven encorvado, de andares simiescos. Sorprende, sin duda, aunque en los balleneros de la época seguro que había tripulantes con esa fisonomía.

El cierre está a tono con la intensidad de los mejores momentos del montaje en una magnética solución para presentar el duelo. Se logra a través de una enorme tela blanca que, agitada por sendos ventiladores que mueven Kapoya y Torres, se convierte en el cetáceo —ojo vigilante incluido— que acaba por abatir a Ahab, absolutamente abocado a su tarea suicida. Pou se retira entonces, al fondo de la escena, tras un tour de force que le deja casi sin resuello para recoger los merecidos aplausos.



A la caza del loco capitán Ahab

Extraordinario Josep María Pou en un estremecedor montaje de 'Moby Dick'

JAVIER PÉREZ SENZ, Barcelona Josep María Pou es Ahab. Lo es física y espiritualmente en una interpretación del enloquecido capitán del Pequod tan arriesgada y apasionante en sus dudas como en sus certezas. Las necesita para dar caza a un personaje agotador que, en la versión de Moby Dick dirigida por Andrés Lima, adquiere una estatura tan titánica como la novela de Herman Melville. Huele a éxito el montaje, por la osadía de la hábil adaptación de Juan Cavestany, la complicidad de Lima y un inmenso Pou que, en su memorable estreno, impactó al público del Teatro Goya.

Pou deja ver y sentir la pasión,

subiduría y riesgo que asume un actor ante un gran reto. Desde que los ricos matices de la iluminación de Valentín Álvarez dejan vislumbrar la mirada enloquecida de Ahab, su siniestra figura y quejumbroso andar, con su pata de madera y hueso que rezuma dolor, Pou muestra sus cartas sin trampas.

El gran actor emplea un arsenal de recursos, con un arco vocal que va del susurro al grito y el aullido, para mostrar el incierto depredador que mueve a Ahab en su ajuste de cuentas con la vida y la muerte. Pero no viaja solo en esta aventura: "Sin imaginación no vais a poder seguirme", dice Ahab a sus marineros. Pou pro-



El actor Josep M^a Pou, como el capitán Ahab. / JAVIER PÉREZ SENZ

nuncia esa frase, puerta de acceso al montaje, con un tono y una intención tan bien calibrada que parece dirigirse a cada espectador. Si éste acepta, puede subir al Pequod en busca de emociones.

La primera proeza es la adaptación de Cavestany, que condensa

casí todas las esencias de una novela de 700 páginas en 80 minutos que retratan el alma enferma de Ahab. Sus frases se clavan como arponazos que agitan imágenes de sobrecogedora fuerza poética; se respira la grandeza de Shakespeare en la siniestra ambigüedad

de Ahab, pues en su locura conviven bien y mal, diablo y profeta.

Hay trazos de Orson Welles, del cómic y el cine expresionista en la propuesta de Cavestany y Lima, que exploran la mente y el alma enferma de Ahab; también en la interpretación de Pou, que ha encarnado en escena a Welles y a un rey Lear de referencia. La escenografía en forma de pasarela que sugiere la proa de un barco, firmada como el vestuario, por Beatriz San Juan, es un espacio teatral en el que, más allá de las imágenes proyectadas en la pantalla, música y efectos sonoros, emocionan sus recursos artesanos.

Junto a Pou, sólido y afilado como el gran arpón que esgrime, el resto de la tripulación del Pequod queda en manos de dos actores, Jacob Torres (Starbuck, Ismael) y Oscar Kapoya (Pip), que se reparten con eficacia los personajes, a veces casi sombras humanas que perturban los pensamientos de su colérico capitán. Es un gran espectáculo, y lo será más cuando el rodaje vaya dando más naturalidad al esfuerzo interpretativo.

A la caza del loco capitán Ahab

Extraordinario Josep Maria Pou en un poético y estremecedor montaje de "Moby Dick"

JAVIER PÉREZ SENZ

2 FEB 2018

Josep Maria Pou es Ahab. Lo es física y espiritualmente en una interpretación del enloquecido capitán del Pequod tan arriesgada y apasionante en sus dudas como en sus certezas. Las necesita para dar caza a un personaje agotador que, en la versión de Moby Dick dirigida por Andrés Lima, adquiere una estatura tan titánica como la novela de Herman Melville. Huele a éxito este montaje, por la osadía de la hábil adaptación teatral de Juan Cavestany, la complicidad de Lima y un inmenso Pou que, en un memorable estreno, impactó al público que llenaba el Teatro Goya.

Pou deja ver y sentir al espectador la pasión, la sabiduría, y los riesgos que asume un actor cuando se enfrenta a un gran reto. Desde que los ricos matices de la iluminación de Valentín Álvarez dejan vislumbrar la mirada enloquecida de Ahab, su siniestra figura y quejumbroso andar, con su pata de madera y hueso que rezuma dolor, Pou muestra sus cartas sin trampas.

El gran actor emplea un arsenal de recursos, con un arco vocal que va del susurro al grito y el aullido, para mostrar el instinto depredador que mueve a Ahab en su ajuste de cuentas con la vida y la muerte.

Pero no viaja solo en esta aventura: "Sin imaginación no vais a poder seguirme", dice Ahab a sus marineros. Pou pronuncia esa frase, que es la puerta de acceso al montaje, con un tono y una intención tan bien calibrada que parece dirigirse personalmente a cada espectador. Si aceptas, puedes subir al Pequod en busca de emociones.

La primera proeza de esta aventura es la adaptación de Cavestany, que condensa casi todas las esencias de una novela de 700 páginas en una hora y veinte minutos de función que retratan el alma enferma de Ahab. Sus frases, sus gritos y aullidos se clavan como arponazos que agitan imágenes de sobrecogedora fuerza poética; se respira la grandeza de Shakespeare en la siniestra ambigüedad de Ahab, pues en su locura se dan la mano el bien y el mal, el diablo y el profeta.

Hay trazos de Orson Welles, del cómic y el cine expresionista, en la propuesta de Cavestany y Lima, que exploran la mente y el alma enferma de Ahab; también en la interpretación de Pou, que ha encarnado en escena a Welles y a un Rey Lear de referencia. La escenografía en forma de pasarela que sugiere la proa de un barco, firmada, al igual que el vestuario, por Beatriz San Juan, es un espacio teatral en el que, más allá de las imágenes proyectadas en la pantalla, la música y los efectos sonoros, emocionan sus recursos artesanos.

Junto a Pou, tan sólido y afilado como el gran arpón que esgrime en la función, el resto de la tripulación del Pequod queda en manos de dos actores, Jacob Torres (Starbuck, Ismael) y Oscar Kapoya (Pip), que se reparten con eficacia éstos y otros personajes del relato, a veces casi sombras humanas que perturban los pensamientos de su colérico capitán. Es un gran espectáculo y probablemente lo será más cuando el rodaje vaya limando, asentado y dando más naturalidad al esfuerzo interpretativo.

Distribución



93 309 75 38

focus.es

Sergi Calleja

scalleja@focus.es

Noemí Díaz

ndiaz@focus.es

Colabora

